



COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA

VOLUMEN DÉCIMO NOVENO



*Doctor Thebussem*

CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO



# FUTESAS LITERARIAS

ILUSTRACIONES

DE

J. FABRÉ OLIVER



BARCELONA

JUAN GILI, LIBRERO

223, Calle de Cortes, 223

MDCCCXCIX

Handwritten text in the top left corner, possibly a signature or initials, including the word "copy".

Madrid 29/6/1984

COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA

VOLUMEN DÉCIMO NOVENO

—x—

Futesas literarias

# Colección Elzevir Ilustrada

## VOLÚMENES PUBLICADOS

- I. — M. HERNÁNDEZ VILLAESCUSA. — *Oro oculto*, novela.
- II. — VITAL AZA. — *Bagatelas*, versos.
- III. — ALFONSO PÉREZ NIEVA. — *Ágata*, novela.
- IV. — NILO MARÍA FABRA. — *Presente y futuro*, nuevos cuentos.
- V. — FEDERICO URRECHA. — *Agua pasada*, cuentos, bocetos y semblanzas.
- VI. — EMILIA PARDO BAZÁN. — *El tesoro de Gastón*, novela.
- VII. — M. MORERA Y GALICIA. — *Poesías*.
- VIII, IX y XIII. — ENRIQUE R. DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS. — *Cuadros de la fantasía y de la vida real*. Tres tomos.
- X. — CONDE DE LAS NAVAS. — *El Procurador Yerbabuena*, novela.
- XI. — NARCISO OLLER. — *El Esgaña-pobres*, estudio de una pasión.
- XII. — JUAN OCHOA. — *Un alma de Dios*, novela.
- XIV. — JUAN MARINA. — *Toledo*, tradiciones, descripciones, narraciones y apuntes de la imperial ciudad.
- XV. — VITAL AZA. — *Ni fu ni fa*, versos.
- XVI. — TRINDADE COELHO. — *Mis amores*, cuentos y baladas.
- XVII. — MIGUEL RAMOS CARRIÓN. — *Zarzame-  
ra*, novela.
- XVIII. — NARCISO OLLER. — *Perfiles y brochazos*, cuadros y cuentos.
- XIX. — DR. THEBUSSEM. — *Futesas literarias*.

## EN PREPARACIÓN

- GUSTAVO MORALES. — *El indiano de Valdella*, novela.
- ANTONIO DE VALBUENA. — *Santificar las fiestas*, cuentos.
- CARLOS FRONTAURA. — *El cura, el maestro y el alcalde*, novela.

Y otros de

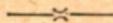
ALTAMIRA (Rafael); MORERA Y GALICIA (M.); OLLER (Narciso); VALERA (Juan); etc., etc.

R-132177

ANT  
XIX  
965

*Doctor Thebussem*

CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO



# FUTESAS LITERARIAS

ILUSTRACIONES

DE

J. FABRÉ OLIVER



BARCELONA

JUAN GILI, LIBRERO

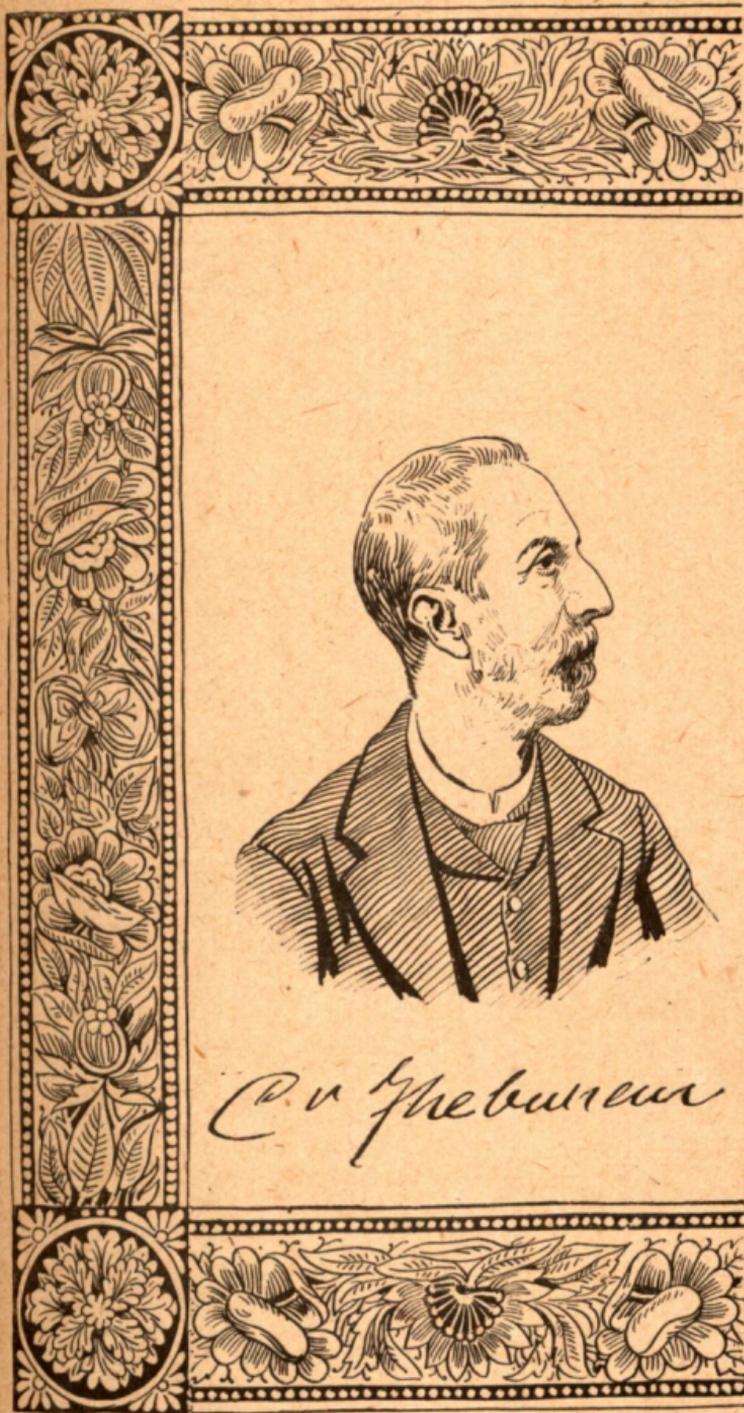
223, Calle de Cortes, 223

MDCCCXCIX

---

ES PROPIEDAD

---



*C. v. Grebunov*



## CARTA MISIVA

*Sr. D. Gustavo Gili, y de todo mi afecto:*

*A la bondad y misericordia de Vm., debo yo la señalada merced de entrar en docena con los distinguidos escritores que tan justa y merecida fama dan á la bella y elegante COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA, honra de las letras y de la tipografía españolas.*

*Me asalta el escrúpulo de que las FUTESAS que forman el presente volumen, carecen hasta del corto mérito de la novedad, por haber sido impresas antes de ahora. ¿Deberemos, en conciencia, advertirlo así al público, para que no crea que se trata de darle gato por liebre ó de comulgarlo con ruedas de molino?*

*En esta perpleja tribulación, se me viene*

á la memoria el conocido suceso de aquellos dos compadres, que, silenciosos y fumando en sus pipas, se hallaban tomando el sol en las afueras del puente de Triana.

— Señor Juan, exclamó uno de ellos, ahora que estamos solos y donde nadie nos mira ni nos escucha, me está ocurriendo decirle á Vm. una cosa...; pero es el caso que no me atrevo...

— Pero, compadre, ¿por qué no se atreve Vm.?

— Pues la verdad; porque me sospecho que lo va Vm. á sentir.

— Hombre, no sea Vm. tonto; nada que salga de su boca de Vm. puede causarme enojo; hable Vm. sin rodeos que ya estoy lleno de curiosidad; despache Vm., por María Santísima, y no sea Vm. posma...

— Y si después de todo llega Vm. á sentirlo, ¿qué me dirá Vm.?

. . . . .  
En aquel momento el señor Juan llevó rápidamente la mano derecha al corazón, soltando un terno redondo.

— Ya vemos, añadió con sorna el compadre, que Vm. ha sentido lo que pensaba advertirle. Noté que le ardía á Vm. la camisa, y entendí que si el fuego se apagaba nada tentamos qué hacer; y en caso de continuar,

*Vm. lo sentiría, como veo claramente que ha sucedido.*

. . . . .  
*Si aplicamos el cuento, presumo que nada hay que advertir á los lectores que conozcan los artículos, y menos todavía á los que no los conozcan.*

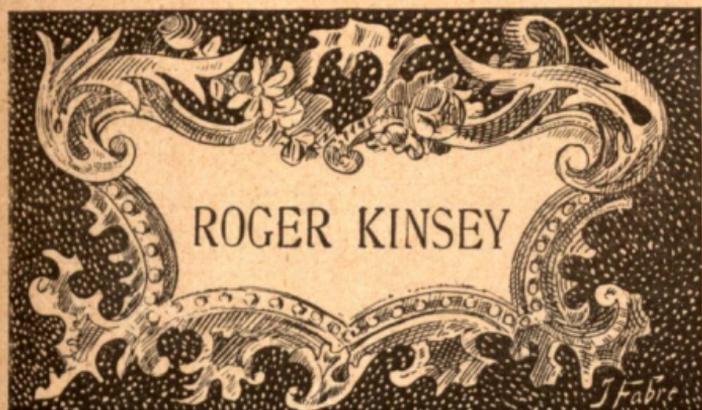
*Tal es mi parecer, que someto gustoso al de Vm., de quien se repite afectísimo servidor y amigo,*

*q. l. b. l. m.,*

EL DOCTOR THEBUSSEM

Medina Sidonia;  
abril de 1899 años





AL ALMIRANTE F. HARDT

Mi querido señor y amigo :



CUANDO Vm. honró mi casa con su corta visita, recuerdo que lo que más le cautivó entre mis muebles, libros, cuadros y antigüallas, fué el lienzo de Rembrandt que representa la imagen de un caballero anciano ataviado con galas militares, y cuya espada, guantes y sombrero, se hallan colocados en la misma mesa donde apoya su mano derecha. Usted, inteligente como pocos en pintura y en todo linaje de bellas artes, dijo que aquello no necesitaba llevar el — REMBRANDT. F. 1646, — y que

era una joya de muchos miles de francos de valor. Se fijó Vm. también en el rico y delicado ornato del marco, y hasta en las manchas que tenía en uno de sus extremos. Cuando le advertí que quizá fueran de sangre, se redobló la curiosidad de Vm., ya excitada, por saber cómo había llegado á manos de quien ni es colector de pinturas, ni sus facultades le permiten abonar más de tres ó cuatro mil francos por un lienzo, aquel admirable y magnífico retrato del célebre maestro holandés.

Comprendí muy bien las preguntas directas y las interrogaciones indirectas que Vm. me dirigió, y á las cuales contesté con medias palabras que en nada me comprometían, justificando aquello de que no hay peor sordo que el que no quiere oír. Hace ya dos años que falleció el donante de la pintura, y no tengo reparo en revelar las flaquezas y las virtudes de un íntimo y querido amigo, para satisfacer el justo deseo de Vm., que también lo es, y que tanto me honra con su afecto.

\* \* \*

Roger Kinsey, descendiente de ilustre alcurnia irlandesa, fué mi condiscípulo en el Colegio de la Trinidad de Cambridge. Era un mozo alto, delgado, pálido por extremo, algo excéntrico y muy bondadoso. Estudiante aprovechadísimo, tenía gran apego á los escritos y temas jurídico-filosóficos. Fino y distinguido en su porte y elegante en su vestir, era uno de los hombres de modales más sueltos y aristocráticos que yo he conocido. No faltaban á su esmerada educación esos perfiles que tanto avalora la buena sociedad inglesa: Kinsey no solamente conocía las bellas artes, sino que manejaba con soltura lo mismo el buril que la paleta. Como cazador, pocos le aventajaban; y si algún tormento le produjo mi amistad, fué el de ver que sus disparos no eran tan certeros como los míos. En cambio, los puertos de Munster y las selvas de Connaught son testigos de que siempre me vencía en el manejo del remo y en el trote de las expediciones á caballo.

Largas temporadas pasé en su magnífico castillo de las cercanías de Elphin, tratado con un cariño que jamás olvidaré. Por aquella espléndida y aristocrática morada no había pasado el tiempo. Su arquitectura del siglo xv, sus torres, sus salones, muebles, armaduras, y hasta el carácter y costumbres de la familia, le daban apariencia y realidad de lo que la imaginación nos pinta que sucedía en la vida interna de los siglos pasados.

Al contemplar aquella serie de retratos de los antiguos Kinseys, ya cubiertos con armaduras, ó ya vestidos de calzas, goliillas y sombreros con plumas; aquellas señoras ricamente ataviadas; aquellos niños acariciando lebreles, y aquellos arrogantes escudos que siempre mostraban la *ballesta de oro en campo de gules*, terminábamos por extasiarnos ante el lienzo de Rembrandt, por el vigor, expresión y valentía con que el artista acertó á representar el alma de aquel anciano, cuyo origen envuelto en las sombras del misterio, no pudo averiguar Roger Kinsey, por más que repasaba los inventarios y documentos de su archivo.

— Prefiero — le decía yo — esta pintura á toda vuestra serie de abuelos.

— Y yo también la prefiero — replicaba Kinsey lleno de entusiasmo y satisfacción.

\* \* \*

Pasaron veinte años sin tener con mi amigo otra correspondencia que la epistolar, más ó menos frecuente. En 1870 la casualidad nos juntó en una importante capital de Europa. Extremada fué la alegría de Kinsey al encontrarme. Comimos juntos, y en seis horas de conversación al amor de la lumbre, nos referimos mutuamente las peripecias de nuestras vidas durante los cuatro lustros que habían pasado.

Físicamente, la única variación que hallé en mi amigo fué la de que se hallaba calvo y usaba espejuelos. Con el sombrero puesto y sin gafas, era el mismo mozo de veintitrés años, contando ya cincuenta. Supe que se dedicó por algún tiempo á ciertos negocios forestales y agrícolas, que habían acrecentado notablemente su fortuna. La equitación y la caza le propor-

cionaron un reuma, del cual se curaba pasando la mitad del año en país templado. La pintura y la escultura eran sus ocupaciones favoritas, y en ambas había hecho notables progresos. Sus excelentes piezas de la fonda se hallaban convertidas en estudio de artista, y los buenos tabacos, buenos periódicos, buenos libros y buena sociedad, convertían á sus habitaciones en agradabilísimo lugar de instrucción y de recreo.

Kinsey, caritativo y generoso como pocos, pasaba por extravagante y raro á los ojos de los que no le trataban con intimidad, y aun para algunos de sus amigos. Muchos de ellos le vituperaban su tenaz *misoginia*, enfermedad moral, si así puede llamarse, que padeció desde muy joven y que llegó á dominarlo en la edad madura. Quizá por esta causa profesaba afecto de familia al secretario, mayordomo y criados que siempre le acompañaban en sus viajes, los cuales antiguos servidores pagaban con ciega veneración el cariño de su señor, notando virtudes tan sólo en lo que otros advertían rarezas ó extravagancias.

Cierto que Roger se hallaba preocupado

hacía años con el estudio de una cuestión, si no tan ridícula al menos tan irresoluble como la del movimiento continuo, y en la cual me figuro que su claro entendimiento llegó á perder la brújula. A veces, radiante de júbilo, presumía tocar la meta de sus afanes; y á veces, dominado por el desaliento, intentaba quemar sus papeles y sus libros, que eran de lo mejor y más profundo que se ha escrito en la parte que la Psicología, la Medicina, la Jurisprudencia y la Filosofía se relacionan con la herencia y el parentesco.

Kinsey no juzgaba que el parentesco engendrarse precisamente amistad y cariño: recelaba de la validez de los números aplicados á las casillas del árbol genealógico para adjudicar la herencia intestada, y—por decirlo de una vez—negaba la fuerza de la sangre. No hallaba fundamento lógico en la ficción ó precepto que hacía llegar los bienes al primo ó al sobrino con antelación al amigo, y pretendía buscar una regla, base ó termómetro que señalase los grados de amistad con la misma firmeza que los genealogistas marcan los grados de parentesco. Empapado en la

lectura de teólogos, médicos, políticos, jurisconsultos y moralistas de diversas escuelas, comenzaba tomando la amistad como base social. El parentesco no era á sus ojos más que una presunción de cariño y afecto, fundada en el trato continuo, y amparada por la educación, por la costumbre y por la ley. Decía que si á dos madres les cambiaban sus dos hijos acabados de nacer, ambas amarían al hijo extraño como si fuese propio, y mirarían al propio como si fuese extraño; añadiendo que tal permuta no era posible en las cosas inanimadas, toda vez—por ejemplo—que en el trozo de mármol hecho pedazos, los fragmentos repelían el trueque y cada uno solamente se ajustaba á su propio y adecuado lugar. Y aquí aducía otros símiles, y textos, y opiniones, y casos prácticos en apoyo de sus doctrinas y creencias.

—Pero, amigo Roger—le argumentaba yo,—defended la libertad de testar, que es la reina de todas las libertades; haceos campeón de la escuela que entrega al fisco los bienes de los que al morir intestados no tienen ascendientes, descendientes ó hermanos; disponed de vuestro caudal á

favor de quien os plazca, pues nadie mejor que vos mismo podéis saber quiénes son vuestros amigos y bienhechores.

—Lo sé, lo sé—replicaba Kinsey con vehemencia.—Yo tengo hecho mi testamento desde que tuve bienes de fortuna. Comprendo de sobra que nada hay más vulgar que el fin de la vida. Hallo ridículo y pueril, y propio tan sólo de falta de entendimiento ó de baja y villana educación, el miedo á testar y á ocuparse del divino ángel de la muerte, único que jamás nos engaña. Católico de abolengo, no soy de aquellos que dicen rutinariamente con los labios *ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte*, y á seguida se espantan, asustan y contristan si se les habla del cólera ó de la disposición testamentaria. Os he dicho que en los tiempos en que necesité amparo, lo hallé en los extraños: mis parientes lo que hicieron fué reclamarme unos créditos que las circunstancias no me permitían pagar sin quebranto en aquella ocasión. Comprendo la dificultad de inventar medida ó número que señale los grados de la amistad; pero comprendo también que debe hacerse

cuanto sea posible para extirpar la tenaz y arraigada creencia que ha propagado la ficción legal, suponiendo al deudo *casi dueño* de nuestra fortuna, y tan casi dueño, que llega á creer que le robamos aquella parte de herencia legada como prueba de cariño y afecto á la persona con quien nos une el dulce aligamiento de la gratitud, en vez del pobre aligamiento de la sangre que es, según dicen, el que hay entre los que vienen de una misma raíz.

\* \* \*

Tales eran el estado y opiniones de Roger en 1880, y tal la extravagancia (si tal nombre merece) que yo le reconocía y de la que intentaba curarle por medio de la discusión y del consejo.

Pasaron días y días, dedicado él á sus cuadros y esculturas, y cada uno de nosotros á sus quehaceres y vida habitual. La paz y el sosiego reinaban en el *hôtel*, cuando nos sorprendió el suceso más inesperado que yo podía imaginar. Parece que los camareros y el dueño de la fonda oyeron el ruido de un tiro en las piezas ocu-

padas por Kinsey. Después de vacilar un poco y de llamar desde fuera sin obtener respuesta, se decidieron á invadir la pieza. El espectáculo que entonces presenciaron les horrorizó. Roger Kinsey se hallaba en su cama con un *revólver* en la mano derecha: parte de su cabeza se encontraba destrozada por la bala; la sangre había salpicado los muros y muebles; sobre el lecho y en una mesa inmediata, se hallaban regados en completo desorden joyas, monedas de oro, billetes de banco y un papel escrito con lápiz que decía:

*No hay motivos de pena ni de sorpresa en ningún hecho humano, si se profundiza ó medita en las causas que pueden haberlo originado. Las apariencias suelen ser casi siempre...*

Así terminaba, con la añadidura de algunos garabatos ó palabras ilegibles, este autógrafo de Roger Kinsey que pudieron examinar los curiosos y periodistas que invadieron la fonda. Éstos se apresuraron á publicar la noticia en sus respectivas gacetas, á comentarla, á reseñar los méritos y virtudes del suicida, y á fijar las causas impulsivas de su muerte en la rareza de su

carácter. Cuando llegaron los servidores de la justicia acompañados de médicos y ayudantes, é impusieron orden y silencio para averiguar la certeza de lo ocurrido, llevaba el desastre una hora de circular por la capital, corregido y aumentado, según indiqué, por la sensata pluma de gaceteros y *reporters*; y contaban algunas de las joyas y billetes que existían en el lecho del infeliz Kinsey, una hora también de haber pasado á bolsillos de nuevos dueños, partidarios sin duda de aquella doctrina que entiende ser beatos los que poseen.

Si sorpresa grande había causado el suceso de que me ocupó, no la produjo menor en los espectadores ver á Roger Kinsey!!!..., al mismo Roger Kinsey, salir vivo y sano de una de sus habitaciones interiores, y preguntar con toda cortesía á aquellos señores el motivo de haberle asaltado la casa.

Cuando ellos trataban de explicar la semejanza del cadáver pálido, calvo, delgado y rubio, con el hombre que tenían á la vista; cuando indicaron por señas que suponían la perpetración de un delito;

cuando balbucieron lo que en su imaginación se figuraban, contestó Roger:

—Aquí ni ha sonado tiro, ni ha ocurrido suicidio ni asesinato, como Vms. sospechan. Esa figura que está en la cama..., vean Vms..., es mi propio busto hecho de cera, que me honra como artista; de cera es también el *revólver* que tiene en la mano, y de cera asimismo las manchas que Vms. juzgan de sangre. Supongo que la intención de Vms. no habrá sido violar mi domicilio, y sí castigar á las personas que prevaliéndose de este suceso me han hurtado varias perlas, brillantes, monedas y billetes que se hallaban sobre mi mesa y lecho. No digo ahora los nombres de los ladrones, porque los dirán luego dos notarios y tres caballeros que *casualmente* me han acompañado á presenciar esta escena desde los cristales de aquella mampara. Ignoro, señor magistrado, si ustedes castigan la intención, y por eso debo advertir que las perlas, diamantes, monedas y billetes son falsificados, y apenas si valdrán entre todos estos muebles de teatro, quince ó veinte francos. No recuerdo si á esto le llaman Vms. tentativa, delito frus-

trado ó cosa así, ni tampoco si los oficiales subalternos de la justicia están facultados para guardar en sus escarcelas, creyéndose libres de testigos, las fruslerías á que aludo.—Al decir esto palidieron como la cera algunos de los agentes que asistían al acto. Roger Kinsey, sin hacer caso de la turbación de unos ni de la sorpresa de otros, prosiguió diciéndoles con sorna, dulzura y exquisita cortesanía, que desalojasen su casa, dándole ahora ó luego satisfacción completa de haber entrado en ella contra la voluntad del dueño, y rogando al mismo tiempo á los señores magistrados y subalternos que, como individuos particulares, recibiesen los homenajes de su más distinguida consideración y profundo respeto. Entre mohínos, atentos, turbados y cariacontecidos, tomaron todos la puerta y finalizó el acto.

\* \* \*

A los quince días de este acontecimiento, que fué comentado de diversos modos por la prensa de la capital en que aconteció (y de cuyo nombre no quiero acor-

darme), nos hallábamos comiendo Roger y varios amigos suyos en el *Café Inglés* de París. De sobremesa recayó la conversación sobre dicho suceso, cuyos verdaderos pormenores deseaban conocer los convidados, y rogaron á Kinsey que tuviese la bondad de explicarlos por semínimas partes. Mi amigo ofreció complacer al senado de sus oyentes; éstos aguzaron el oído, tomaron posición cómoda en sus asientos, hicieron cerrar las puertas, rellenaron sus copas de legítimo Tokay, y el señor de la historia, sacando un legajo de periódicos, comenzó á leer varios artículos, que en substancia decían así:

El periódico BLANCO escribe: Acaba de suicidarse Mister Kinsey, extranjero muy conocido en los principales círculos de esta capital. Esta desgracia se atribuye, con verdadero fundamento, á disgustos de familia, etc., etc.

El periódico NEGRO consigna: El Barón Roger Kinsey, prevalido de su riqueza y relaciones, ha querido burlarse ó dar una broma de mal género á las autoridades de esta ciudad con la ficción de un suicidio. El gobierno y los tribunales no

dejarán impune este hecho, que redundará en desprestigio de la recta administración de justicia, etc., etc.

El periódico AZUL apunta: El caballero irlandés Kinsey ha sido víctima, por parte de la policía, de un brutal atentado. Este distinguido artista ha visto violado su domicilio por las mismas autoridades que debían vigilarlo y garantizar sus derechos, etc., etc.

El periódico VERDE manifiesta: De la muerte de un tal Kinsey, de nación inglés, poco hemos de decir; pero ese poco con la claridad que siempre usamos. Este britano, tan lleno de oro y de orgullo, como falto de caridad y dulzura, ha sido robado y asesinado. Su muerte no puede llamarse delito, pues no siendo inmortal, alguna vez habrían de terminar sus días; y en cuanto á las joyas y dinero que le arrebataron, quizá se hallen mejor empleadas en manos de los que el vulgo llama ladrones, etc., etc.

El periódico AMARILLO dice: Que los deudos del señor Roger Kinsey han recogido ya, para trasladarlo á su cementerio de Inglaterra, el cadáver de dicho

sujeto, víctima de un atentado que se halla pendiente de las pesquisas de la policía, etc., etc.

El periódico ROJO advierte: Que para encubrir el crimen del asesinato y robo de cuantiosa suma hecho á Mr. Kinsey, se ha tratado de forjar una comedia que los tribunales no dejarán de esclarecer, gracias á la enérgica reclamación hecha por el Embajador de Inglaterra, etc., etc.

El periódico MORADO imprime: Enterrados por conducto fidedigno de la verdad del caso que ha preocupado la atención general del vecindario, podemos asegurar que Mr. Kinsey ha logrado rescatar en la frontera casi todos los valores que le fueron sustraídos, y que se halla fuera de peligro de las heridas que recibió, etc., etc.

—Perdonad, amigo Roger — dijo uno de los oyentes; — todo eso y mucho más hemos visto en los diarios que tiene Vm. la bondad de leernos. Nuestro deseo es que Vm., como héroe del suceso, nos refiera la *verdadera verdad* de lo ocurrido con todos sus pormenores é incidentes; queremos el relato de un testigo, y no el

eco respetable de la opinión pública producido por la sonora trompetería del periodismo vulgar y adocenado.

—Conforme, señores, conforme— replicó Roger. —Sabrán ustedes la verdad, cuando yo la conozca. Hoy he llegado á perder el criterio en este asunto. Me hallo como el barbero del *Quijote*, que no comprendía que tanta gente honrada dijese que la bacía era yelmo. Caso es el mío que puede poner en admiración á toda una universidad por discreta que sea, y para salir de dudas me entrego á la pureza, criterio, rectitud é incorruptibilidad de los jueces de la tierra. He encomendado el asunto á la gente de espada y balanza, á la que hace de lo blanco negro y de lo negro blanco, de lo curvo recto y de lo recto curvo; ella nos dará, á la vuelta de algunos años, un *bouquet* de resultandos y considerandos, que rezará si soy criminal ó inocente, si merezco premio ó castigo. Mientras el plazo no llega, tengan Vms. calma, que yo también la tengo, repitiendo con el poeta castellano:

Falle á su antojo la audiencia,  
Que el fallo espero sin miedo,  
Muy tranquilo de conciencia.

\* \* \*

Mi excelente amigo Roger Kinsey falleció en 1882, sin haber logrado conocer el fallo de los tribunales. A los pocos días de la muerte recibí carta del Vicario de Elphin, su ejecutor, enviándome copia oficial de una cláusula del testamento, que vertida al castellano dice así:

✠=JHS=Y como señal de antigua y constante amistad y recompensa á favores recibidos, lego al señor Doctor Thebussem, libre de gastos, el retrato hecho por Rembrandt, número 93 de mi colección, con su marco de encina de media talla hecho, estofado y dorado de mi mano. Deseo me encomiende á Dios Nuestro Señor, y que guarde el lienzo con las manchas de cera roja que tiene en uno de sus ángulos, pues ellas le recordarán cosas propias de mi genialidad. — *Firmado* —  
*Roger Kinsey.*

Aquí tiene Vm. explicada la procedencia de la pintura de que nos ocupamos, y que conservo como joya inapreciable, moral y físicamente considerada. Réstame añadir dos palabras que se refieren al donante de ella.

Hace seis meses que pasé algunos días en Irlanda acompañado del albacea de Kinsey. Me mostró el testamento, cumplido ya en todas sus partes, y del cual resultaba que mi difunto amigo hizo tres porciones de su caudal. Con una pagó el debido tributo á la idea aristocrática, dejando á sus sobrinos el castillo feudal y los extensos bosques de Kinsey con varias tierras y derechos anejos al mismo desde los tiempos de Ricardo II. Con otra favoreció á pobres, hospitales, bibliotecas é iglesias católicas, y con la tercera, después de separar diez lotes de doscientas guineas cada uno para dotar á diez familias pobres, trabajadoras y honradas, recompensó con largueza á sus servidores y recordó á todos sus verdaderos amigos.

Visitamos algunos de aquellos hogares enriquecidos por Kinsey y las casas de sus criados. Allí escuchamos las oraciones

nacidas del corazón que llegan puras al cielo; allí vimos el lujo del agradecimiento desbordándose del alma y saliendo por los ojos; allí contemplamos la idolatría del afecto representada con retratos del bienhechor colocados á los pies del crucifijo ante el cual oraba de rodillas una familia entera; allí notamos un manantial perenne de lágrimas de ternura y cariño, bastantes quizá para borrar las culpas y flaquezas del excelente Roger ante el tribunal de la divina justicia.

—¡Qué buenas gentes, señor Vicario! — le dije cuando estuvimos solos.

—Escogidas por mí, señor Doctor — me contestó el bondadoso cura con satisfacción. — El señalamiento quedó á mi arbitrio, y tuve mucho que pensar para no equivocarme. ¡Bendito sea Dios que me iluminó!

—¿Podremos ver — le dije, — á los sobrinos de Kinsey, y visitar el castillo que tan gratos recuerdos tiene para mí?

—¡Ah, no señor; los parientes viven en Londres; el castillo da lástima; no lo reconocería Vm.! ¡Han arrasado los parques y jardines...; se han llevado los

muebles...; han quitado el gran blasón de la torre y las cadenas que rodeaban la puerta principal desde la época de la reina Isabel!!! Dicen que van á establecer allí una fábrica de lienzo. Los deudos de nuestro difunto no me profesan gran voluntad; ignoro el motivo; yo los perdono de todo corazón. Ellos tienen á Roger Kinsey por un hombre raro, maniático y extravagante, que les ha *robado* dos terceras partes de los bienes mundanos que se creían con derecho á heredar... ¿Qué le parece á Vm.?...

— Querido Vicario — le repliqué, — los muertos debían resucitar en esta vida terrenal para que *viesen*...

Mi interlocutor se sonrió benévola-mente, y dijo:

— Los muertos nada sacarían con *ver*, cuando los vivos nada sacan con *escarmentar*.

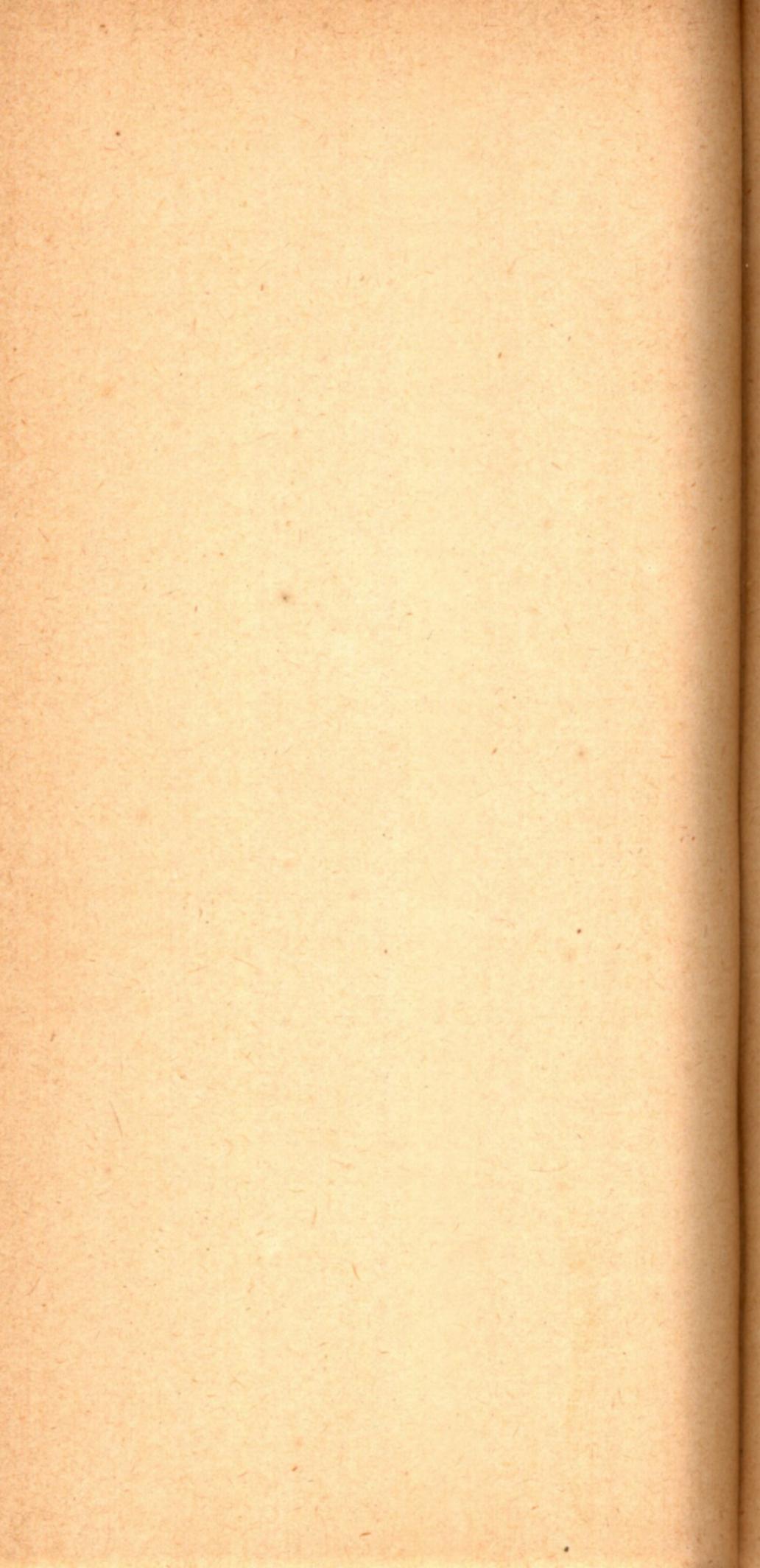
\* \* \*

Si mi relación histórica, ligada con el cuadro de Rembrandt, es larga y enojosa, en cambio, señor Almirante, es tan verdadera como la antigua amistad que á Vm. profesa su devotísimo

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Huerta de Cigarra, 15 de diciembre de 1884 años.







## PASTEL DE BONIJO

Á D. JOSÉ LUIS ALBAREDA



ENTRE las fiestas más espléndidas y suntuosas que se han celebrado en la segunda mitad de este siglo, debe contarse, á mi juicio, el baile que dieron los opulentos Duques de Fernán-Núñez en la noche del lunes de carnaval de 1884. Los trajes, la generalidad de la concurrencia, la casa, los muebles, la servidumbre, la cena, todo, en fin, llevaba el inimitable sello de lo distinguido y de lo aristocrático.

Ya tarde, nos hallábamos cenando en una mesa retirada cuatro personas, cuyos nombres y vestidos de tres de ellas no estoy autorizado para revelar. Baste saber

que presidía el banquete cierta Condesa de sangre andaluza, á la cual, más que los rasgos vulgares de las caras que llaman bonitas, realzaban la finura, chiste, elegancia y distinción de modales. La tal Condesa rayaba en los cuarenta años: era, física y moralmente, una gran señora en toda la extensión de la palabra. Frente á ella se encontraba su prima, recién salida de la menor edad, con cuatro años de casada y tres de amigable separación del marido, pues cuando contrajo matrimonio, según nos advirtió la Condesa, reunía las *envidiables* circunstancias, harto comunes en el día, de no haber ojeado ningún libro serio, ni aguantado contradicción alguna á su áspero carácter, ni pensado sino en divertirse, ni trabajado más que en bordar zapatillas ó marcar pañuelos. Ocupábamos los dos costados restantes de la mesa un ex Ministro andaluz, célebre por su gracia y agudas ocurrencias, y el prójimo que redacta el presente artículo.

Después de saborear un sublime caldo de aves, y algunas lonjas de jamón y de pavo trufado, regadas con excelente Jerez y Burdeos, pedí salmón en mayonesa.

—Lo deseaba—exclamó la Condesa con júbilo,—pero no me atreví á pedirlo. Ignoro si podré ó no comerlo, porque... ¿quién sabe si tendrá pedazos de aceituna?

—¡Mujer! ¡Por Dios y por los santos! —replicó la prima.—Ni lo imagines siquiera. Tú ofendes á Fernán-Núñez en la persona de su jefe de cocina. El agregar aceitunas á la mayonesa es cosa de fondas ó de vapores mercantes.

La prima acertó. Una mayonesa blanca, suave, compacta, magistralmente batida con riquísimo aceite y sin adiciones de ningún género, causó nuestro encanto.

Mientras la Condesa, llevando la voz cantante del elogio paladeaba la salsa, le dijo el ex Ministro:

—Querida Condesa, me sorprende que siendo Vm. de mi tierra no coma aceitunas. Tomándolas con moderación no hacen daño. Siga Vm. el consejo de «aceituna, una, y si es buena, una docena.»

—El consejo viene tarde. Será una debilidad, una tontería, será lo que Vms. quieran; pero á mí, que no me importan los martes, ni trece en la mesa, ni que la sal se derrame, ni que los cuchillos se

crucen, me fatiga ver de cerca las aceitunas. Es una preocupación hereditaria que adquirí de mi abuela materna con quien me crié. La historia fuera larga de contar.

—Hable Vm., Condesa, hable Vm.,— le dijimos en coro.

La Condesa volvió la cara á derecha é izquierda, y convencida de que no tenía más auditorio que el de la mesa, soltó la voz á estas ó semejantes razones:

—Era tradición antiquísima en la familia de mi abuela que ninguno de ella probó jamás las aceitunas, y hasta sospechaban que había de acontecer desgracia cierta al que las comiese. Y eso que habitaban en una antigua ciudad del reino de Sevilla, y eran dueños y labradores de magníficos olivares, que poseían desde que los árabes salieron del territorio. Aquella señora, de tan claras luces y buen entendimiento perdía la chabeta al oler ó sospechar que alguno de sus hijos, de su familia ó de sus criados, hubiese comido aceitunas. Aseguraba con la mayor sinceridad, y era incapaz de mentir, que se lo conocía en la cara. Si ella, que no pasó

de excelente madre de familia, hubiera sido mujer célebre, sus biógrafos consignarían que el estremecimiento y terror que le causaba ver un plato de olivas, era semejante al que á tales ó cuales personajes les producía un ratón, una manzana ó el tacto del terciopelo.

Esta buena señora, que no hizo en toda su vida más que una expedición á Sevilla con motivo del viaje del rey Carlos IV; que su modestia en el vestir fué rayana con la pobreza, y que no repasaba más obras que el *Año Cristiano*, *Fray Luis de Granada* y el *Quijote*, había borrado de éste dos palabras... (y por aquí sé yo, — añadió la oradora, — que en el *Ingenioso Hidalgo* se nombran *dos veces solamente las aceitunas*).

— Adelante, amable Condesa, que ya aprendimos un acertijo que pondrá en calzas prietas á más de un cervantista, — interrumpió el ex Ministro.

— Pues bien; debo agregar que á la abuela le gustaba tener y tenía joyas de gran precio, no para usarlas ella, sino para que las luciese la Virgen en su festividad; y precisamente este broche que yo traigo

se halla enlazado con el aborrecimiento á las aceitunas.

Y diciendo y haciendo, la Condesa se quitó del hombro izquierdo un broche del tamaño y forma de un duro. Era de un trabajo sólido y mazorral en oro, con letras chinas esmaltadas de rojo y cuatro perlas, que, aun cuando no lucían lo que debieran por lo tosco del engaste, resultaban notables por su oriente, tamaño, forma é igualdad; perlas, en fin, dignas de la corona de un rey.

—Esto es— prosiguió nuestra interlocutora,—un amuleto japonés. Mi abuelo, el General de Marina N..., que dejó nombre en la Armada por su gracia, generosidad y calaveradas, lo adquirió en China y lo destinó á la colección de alhajas de mi abuela. Él quería mucho á su mujer, pero tal cariño no evitaba que la pobre señora fuese víctima perpetua de las bromas del sacudido almirante.

Esta historia que yo cuento la refería con gran minuciosidad mi querida madre. El General avisó desde Filipinas su compra de las cuatro magníficas perlas. Desde la llegada de la noticia á la de la joya pa-

saron cerca de dos años. En tan largo período se habló mucho de las perlas, se calculó su tamaño y se determinó el día en que la Virgen había de estrenarlas.

Por fin, mi abuelo arribó á Cádiz, y cuando se disponía á volver á su casa, recibió orden de salir sin pérdida de tiempo para Canarias. Así lo manifestó á la familia, pero advirtiéndole que por su íntimo amigo el noble y distinguido caballero *Charles*, recién llegado de Francia, mandaba varios encargos, y entre ellos, especialmente recomendado, el broche de perlas japonesas. Que se atendiese y agasajase en todo lo posible á dicho señor, el cual viajaba en las *diligencias generales*, y que, como llegaría á Écija en horas oportunas de almorzar ó de comer, se le invitase á fin de que lo pasara menos mal que en la fonda.

Previniéronse jamones, pollos y conservas; se encargaron bizcochos, dulces y alfajores á las monjas, y se pidieron vinos, licores, café y cigarros á Sevilla. Se arregló y blanqueó toda la casa; salió la vajilla de plata, que se componía de doce docenas de piezas; se esteró de nuevo el comedor;

pusiéronse lindos ramos de flores contrahechas en el oratorio; se variaron las macetas del patio; dióse con aceite de linaza á las vetustas puertas y rejas del zaguán y caballerizas, y hubo, en fin, esa serie de faenas, alarmas é inquietudes que antiguamente producía en los pueblos la llegada de huéspedes, y en las cuales maldito lo que los huéspedes reparaban ó estimaban, por no servirles ni de comodidad ni de provecho. Lo de imaginar francés y casi un príncipe al nuestro, duplicaba la curiosidad y los preparativos.

Por tres días esperaron infructuosamente la diligencia mis tíos, mis parientes, el capellán, el mayordomo y los criados de la casa; y como no hay plazo que no se cumpla, llegó por fin el deseado caballero *Charles*, portador de los regalos y noticias verbales del marino.

El mayoral, que lo acompañó también hasta nuestra casa, tratándolo con gran respeto y consideración, era portador de dos sacos de noche de vistosa y elegante alfombra, con chapas y cerraduras de bronce.

— Señor D. Carlos — dijo, — aquí pon-

go los sacos; dos horas tiene Vm. disponibles, dos— repitió en voz alta, señalando además el número con los dedos de la mano derecha.— Son las diez; yo mismo volveré por Vm. á las doce; puede usted almorzar descuidado.

— Bien, bien; lo entiendo, lo entiendo, —replicó D. Carlos.

Pocos hombres aventajaban á éste en gallardía, estatura, elegancia y maneras distinguidas. Ya fuese conde, príncipe ó duque, lo cierto es que era un caballero de esmerada educación y curtido en el trato de gentes. Presentó, á modo de credencial, la carta que traía de mi abuelo, é hizo entrega de los pañuelos, cajas, conchas, abanicos, ajedrez y otras manufacturas de China y Filipinas, que en aquellos tiempos llamaban aquí la atención por lo poco vulgares que eran en Europa.

Nuestro huésped se explicaba bien en castellano, pero con acento marcadamente francés. Solía detenerse á veces por no hallar palabra española que representase su idea, y entonces la aclaraba por medio de un rodeo con galanura y desenfado. Durante el almuerzo habló de mi abuelo y

del origen de la buena amistad que con él le unía; de las modas y costumbres de Francia; de viajes; de la catedral de Burgos y de la belleza del campo de Écija: todo esto dicho con gracia, novedad y encanto admirables. No hubo forma de excusar que mi abuela y el capellán le hablasen á gritos, creyendo, como el mayoral de la diligencia, que los extranjeros comprenden el castellano cuando se les pronuncia á voz en cuello.

La mayor risa de los oyentes con las curiosidades del francés, ocurrió al preguntar éste si existían retratos de los *pequeñitos*. Al ver que nadie le comprendía, se explicó diciendo: *hombres chicos...*, *infantes...*, *párvulos*. Con estos rodeos, entendieron al fin que se trataba de grabados ó láminas que representasen á los afamados salteadores que tanto figuraron en 1817 bajo el nombre de *Los Niños de Écija*, los cuales, aun cuando cantados por los poetas, no tuvieron la gloria de ser reproducidos por la pintura.

Y la mayor sorpresa de mi abuela fué notar que D. Carlos, en vez de elogiar el hermoso vestido y rostrillo de la Virgen

que teníamos en la capilla, los ramos de flores de concha y cera que la adornaban, y las antiguas bandejas de plata en que sirvieron el almuerzo, se encantó con los clavos y aldabas de la puerta de la calle, con los azulejos de la escalera, con los capiteles de las columnas y con unas espuelas viejas y mohosas que mis tíos, casi avergonzados, le regalaron al notar los elogios que les prodigaba.

Viendo que el tiempo transcurría y que las perlas no se daban á luz, contestó Don Carlos á la alusión que se le hizo:

— ¡Oh, sí!... Los ladrones son la causa: ¡un robo en cosa de valor es gran pena!

¿Habrían robado la joya? Toda la familia quedó perpleja y atribulada al escuchar las palabras del francés.

En aquel acto se oyó la voz estentórea del mayoral, que decía:

— ¡Señor D. Carlos, al coche; vamos al coche, que es tarde!

— Vamos, vamos, — replicó el interpelado; — espere Vm. un momento, que voy á despedirme de estos señores.

Y abriendo el saco de noche tomó una caja cilíndrica de cartón, y dijo:

— Aquí viene la joya de perlas que, por ser de tanto valor, no he querido separarla de mi vista ni de mi mano. Por temor á ladrones la he colocado de cierta manera artificiosa.

Con la soltura de un jugador de manos sacó del forro de cartón un cuñete de... |||ACEITUNAS SEVILLANAS!!!..., y arrancándole con ligereza la tapa, volcó en un plato y derramó por mesa y suelo toda la fruta que contenía, que por cierto era gorda, brillante, fresca y hermosa. Mezclado con ella venía el alfiler, dentro de un estuche de terciopelo azul. Don Carlos lo abrió, y con la mayor finura se lo presentó á mi abuela.

Esta se hallaba pálida, trémula, acongojada y con los brazos rígidos, en ademán de impedir con las palmas de las manos la aproximación del peligro. Mi madre, colocada delante de ella, pretendía resguardarla y defenderla. Los tíos y los criados se encontraban atónitos, suspensos, abobados y mudos de terror. El capellán, con las manos cruzadas y los ojos elevados al cielo, pedía mentalmente socorro á la Virgen, á Santa Florentina y á

toda la corte celestial. Tres ó cuatro lebreles que llegaron á la puerta del comedor ladraban desaforadamente.

Nuestro francés, mirando con gran atención, curiosidad y sorpresa aquel grupo, andando muy despacio hacia atrás, balbuciendo perdones y cumplimientos, tomó la puerta acompañado del mayoral, que ya había recogido los bultos de equipaje.

Creo que ni la palabra ni la pluma pueden dar idea de la escena que describo. Alguna vez trataré de que me la traslade al lienzo un buen artista.

. . . . .  
. . . . .

Cuando la abuela se serenó un poco, y los criados recogieron las aceitunas y su vasija con intención de arrojarlo todo á veinte leguas de la casa, notaron que el barrilillo era de rica porcelana, y la fruta exquisitos dulces de los que llaman en Francia *Olives au Kirsch*, y en Inglaterra *Kissing-Comfit*.

Excuso advertir que nadie se cuidó de acompañar al huésped, ni de darle las gracias, ni de entregarle una hermosa caja

de confituras del país, que como fineza se le había preparado.

A los pocos meses de este suceso llegó mi abuelo de su viaje á Canarias, y al conocer los pormenores de la escena que refiero, exclamó:

— Todo sea por el amor de Dios: Carlos no es francés; es tan español como nosotros: yo lo que os dije fué que acababa de llegar de Francia. Es necesario que nos perdones á él y á mí. Escucha la carta que me escribió á su llegada á Madrid:

« Mi querido General: Cumplí con la entrega puntual de los encargos que Vm. me confió, incluso el de pasar por *francés*, si por *francés* me tomaban. Creo que la broma fué demasiado pesada para su excelente esposa de Vm., que es un ángel de bondad y un modelo de finura. Es necesario que Vm. interceda para que ella y los demás perdonen mi complicidad en la farsa de que Vm. fué autor y yo simple comediante; pues como dice Pepe Zorrilla,

Harto hará cada nacido  
En responder de lo suyo.

» El regalo que me hicieron de un par

de espuelas antiguas es inapreciable. Debieron pertenecer á algún magnate árabe, según el mérito y riqueza de su labor. Las hice limpiar y dorar á fuego, y aseguro á Vm. que no tienen parejas en la Armería Real.

»Desea á Vm. próspero y pronto regreso á España su afectísimo amigo y servidor, q. b. s. m., *Carlos.*»

Esto rezaba la carta. Mi madre contrajo matrimonio en 1841, y se vino á vivir á la corte. Entre los regalos de boda que le hizo la abuela, se contaba la joya de maras. Al entregársela le dijo:

—Hija de mi alma, no me lo agradezcas pues sabes que no puedo verla ni usarla... ¿Qué quieres?... Te lo diré aunque te burles. Cuando veo ese broche..., me huele á aceitunas.

El abuelo solía repetir: La única broma pesada que dí á mi pobre Leonor fué la del *francés*. Dicha farsa me convenció de que no era fingida su aversión á las aceitunas.

Mi madre, conocedora é inteligente como pocas en el teatro, exclamaba:

« Siempre que admiro á ese gigante de nuestra escena, á ese rey de nuestros trágicos en *Edipo*, *Don Álvaro*, *Amantes de Teruel*, *Puñal del Godo*, *Zapatero*, *Otelo*, *Hamlet*, *García del Castañar* ó *Pelayo*, siempre veo á través de aquellas figuras algo de la sombra, de la voz, de los movimientos y de las maneras del *francés que para nosotras solas representó en el comedor de Écija la tragicomedia de LAS PERLAS Y LAS ACEITUNAS.* »

— Debo advertir á Vms. — agregó la Condesa acercando la joya á sus narices, — que para mí son inodoras estas perlas, y que mis dos colegiales son famosos comedores de la fruta del olivo. Creo que las tradiciones nobiliarias que arraigaban á la fresca sombra de los mayorazgos se han secado con el caliente sol de la desamortización.

— Condesa — repliqué yo, — me ha tocado Vm. en la llaga. Lo de menos es que el caliente sol de la desamortización, como Vm. dice, haya matado esa clase de tradiciones aristocráticas. Lo malo, terrible y fatal, á mis ojos, es la *desamortización del talento*. Tengo un proyecto social y

económico de gran trascendencia, sacado de las mismas entrañas de la filosofía alemana. Cuando llegue á diputado le presentaré á las Cortes. Trato de que sea lícito amayorazgar la habilidad ó el calestre. Con mi plan tendríamos herederos universales de Larra, de Narváez, de Bretón, de Romea, de Balmes, de Hartzenbusch y de tantos y tantos como repartieron sus grandes capitales en pequeñas mandas y legados. Algún día hablaré largo de dicho tema, pues conozco que no es éste lugar acomodado para ello.

Lo que sí quiero decir es que á la historia que Vm. acaba de referirnos le falta la contera.

—¿La contera?...—exclamó sorprendida la Condesa.

—Sí, señora, la contera; y no se ofenda Vm., pues entiendo que la omisión proviene de ignorancia, y no de malicia. Y así como para nosotros ha sido nuevo lo que Vm. nos refiere, para Vm. lo será esto que voy á contarle.

A mediados de 1851 nos reuníamos en casa del eminente y sin par *Carlos Latorre* (á quien con tanta justicia enaltecía su

madre de Vm.) unos cuantos amigos de su persona y admiradores de su talento. Casi todos han muerto ya, y los únicos vivos con quienes puedo atestiguar, son los insignes Zorrilla y Miguel de los Santos Álvarez. Decía el actor «*que el importante estudio de la naturaleza tiene de difícil que hay que cazarlo al vuelo, y que, á semejanza de la liebre, salta donde menos se piensa.* Cuando me alivie un poco (añadía), relataré á Vms. lo que me pasó en Écija hará diez ó doce años en casa de una rica y distinguida familia de aquella ciudad, á quien visité para llevarle ciertos encargos. Fué un caso de terror y congoja que jamás olvidaré, y cuyos signos exteriores me asombraron. Procuré recoger y recogí todos los detalles, y siempre que en ocasión oportuna los he presentado en la escena, el éxito y los aplausos han venido á galardonar mis esfuerzos de *plagiario* de la naturaleza. Y por cierto que de aquellas nobles gentes adquirí también los soberbios acicates dorados que uso al vestirme de rey Don Pedro.»

Carlos Latorre se fué al otro mundo sin referirnos los sucesos de Écija. Usted, se-

ñora Condesa, acaba de subsanar su silencio y de satisfacer una curiosidad que los años tenían arrinconada en mi memoria.

Si algún comediante moderno pudiese reunir y amayorazgar las dotes del gran Latorre, subsanaría á su vez la falta de aquel coloso en la escena española.

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .

En esto sonó la música de un rigodón. El ex Ministro lo bailó con la sobrina, y la Condesa dispensó la honra de ser su pareja al

DOCTOR THEBUSSEM.

Huerta de Cigarra, 6 de agosto de 1885 años.

NOTA. En el excelente y curiosísimo libro *La Literatura española en el siglo XIX*, por el P. Blanco García (Madrid, año 1891, parte I, pág. 330), dice: «Carlos Latorre probó sus fuerzas de titán en la tragedia clásica, para brillar sin rivales en el drama heroico y caballeresco, cuyas genuinas personificaciones, desde

*el Trovador* Manrique hasta el Don Pedro de *El Zapatero y el Rey*, encarnaron en el ser moral, en la fisonomía y en las actitudes de aquel irresistible mago que avasallaba á cuantos tuvieron la fortuna de admirarle.»

Zorrilla, en sus *Recuerdos del tiempo viejo* (Madrid, 1882, tomo I, pág. 76), consigna, al hablar del mérito de Latorre, que «*ni yo puedo decirlo ni concebirlo nadie que no lo haya visto.*»

Puedo, como afortunado testigo, abonar lo que dicen los autores citados.





## LA CAJA DE ORO

Á D. FRANCISCO PARDO DE FIGUEROA

**B**UENA ó mala, tengo la costumbre de no ser nunca el primero en hablar cuando viajo con personas desconocidas. De modo que si mis compañeros observasen el mismo sistema, llegaríamos al fin del mundo sin abrir los labios. Es regla probada por la experiencia que todo caballero que á las primeras de cambio nos dice lo que es, lo que sabe, lo que tiene y á dónde va, ó toda señora que trae la ocasión por los cabellos para advertir que es casada, y que su marido tiene tal destino, son á mi juicio,

tanto el galán como la dama, gentes de poco trato, de poco mundo y de poca finura. El viajero que guarda silencio hasta que llega la ocasión oportuna de romperlo, merece desde luego toda la simpatía y todo el afecto que puede profesarse al desconocido con quien hemos de pasar las horas de camino que median, por ejemplo, desde Cádiz hasta Madrid.

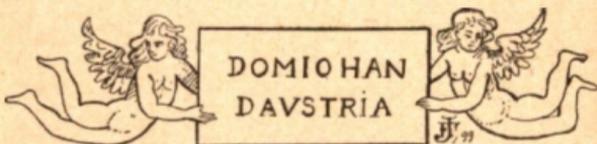
Por febrero de 1877, poco después de las seis de la mañana, al detenerse el tren correo ascendente en el Puerto de Santa María, entraron dos sujetos en mi coche. El uno tendría setenta años; alto, delgado, enfermizo y cabellos blancos. Vestía de negro con elegancia, aseo y sencillez, notándose á tiro de ballesta en su porte el tipo cortesano y de modales aristocráticos. Su compañero, rubio y como de cuarenta años, me pareció un comisionista belga. Éste arregló los bultos de equipaje, ayudó al anciano á desdoblar su manta, le abrochó los guantes, y le cambió el sombrero por una gorra negra, completamente igual á las que usaba el rey Luis XI. Creí que serían padre é hijo, pero pronto me convencí de que eran amo y criado.

A las dos horas de completo silencio comenzó á brotar la conversación como brotan las hierbas que nadie siembra. En Córdoba iba yo encantado oyendo á mi compañero hablar de botánica, después de haber tratado de música, de literatura y de telégrafos. Se explicaba en francés muy correcto, pero conociéndose que no era francés. Inspiraba cariño aquel hombre, tan débil de cuerpo como lozano y vigoroso de entendimiento, y era difícil juzgar sobre su profesión y su patria. Lo mismo pudiera ser militar, ingeniero ó diplomático, que comerciante, marqués ó abogado, y tanto inglés ó belga, como alemán ó mexicano.

Mi compañero no fumaba porque se lo habían prohibido los médicos; pero en cambio aspiraba frecuentes polvos de exquisito rapé. Grande y de elegante forma elíptica era la caja de oro que lo contenía. Instintiva pero escrupulosamente ocultaba con la mano derecha al tiempo de abrirla la tapa de su alhaja, en la cual creí notar ciertas letras y adornos. Mis resabios arqueológicos aguijaron la curiosidad, y me decidí á pedirle el polvo de

tabaco que antes había rechazado. Presentóme en el acto la caja destapada, y no pude conseguir mi objeto. Finalmente, con los mejores y más delicados términos le rogué que, si no hallaba indiscreto el deseo, me permitiese examinar la presea.

Era una joya artística en toda la extensión de la palabra. Entre las columnas de Hércules, con el lema *PLVS VLTRA*, y coronadas con las letras *C. V.*, se hallaba un águila imperial. El dibujo y grabado de los bellísimos adornos que rodeaban el emblema del emperador Carlos Quinto, decían, sin necesidad de la firma esculpida en uno de los costados, ser obra de Benvenuto Cellini. En la parte interior de la tapa, y dentro de un recuerdo ó tarjeta que dos ángeles figuraban sostener, se leía:



La sorpresa, la admiración y la curiosidad que en mí despertó el examen de la joya, llenaron de júbilo al compañero de viaje.

— ¡Esto es magnífico! — le dije.

— Para mí — prorrumpió el anciano con viveza, — tiene doble mérito la cosa. Ella encierra un antiguo y honroso recuerdo de familia. El célebre Don Juan de Austria, pocos años antes del combate de Lepanto, estuvo en el Puerto de Santa María, y se alojó en las casas de mi opulento ascendiente el comendador Antonio Manso de Andrade, esposo de D.<sup>a</sup> María de la Cerda. Ésta dió á luz un hijo cuya partida de bautismo va Vm. á leer ahora mismo, pues aunque hablamos francés, yo sé que Vm. entiende bien el castellano. Ve a Vm. el documento :

{ DON  
{ FRANCISCO. }

« En XXIII del mes de Junio, año de mill é quinientos é sesenta é ocho años; Yo Martin de Radona, Vicario de aquesta Iglesia del Puerto de Sancta María, baptizé á Don Francisco, hijo de Antonio Manso y de Doña María, su legítima mujer. Fueron sus padrinos su alteza *Don Juan de Austria* y Ana Manso, todos vecinos de aquesta villa; en fe de lo qual lo firmé de mi nombre. Fecha ut supra. Martin de Radona. »

En aquellos tiempos — prosiguió diciendo mi interlocutor, — tenían más importancia, por no ser tan fáciles y vulgares como ahora, las relaciones con los reyes y con los príncipes. El de Austria regaló á su ahijado Francisco Manso de Andrade, la pieza que tenemos á la vista. En 1605, pocos días antes de su muerte, vinculó ciertos bienes uniéndolos al mayorazgo fundado por su padre el comendador Antonio Manso, y entre ellos señala «la caja d'oro, de treynta castellanos de peso, con la devisa del Emperador Don Carlos V é letra de Don Joan d'Austria mi padrino, queste donó á mi madre Doña María de la Cerda, para que fuese mia propia; é quiero é mando que sea vinculada é tenida é guardada, sin poderse vender ni trocar ni enagenar, por los poseedores deste vínculo é mayorazgo.»

Agregaré como paréntesis y por si Vm. no lo sabe, que existe en el Puerto de Santa María una Archicofradía del Sacramento, de origen antiquísimo, que según sus constituciones la han de formar veinticuatro archicofrades del estado noble. Disfruta esta Congregación raros y extra-

ños privilegios, cual no los tiene ninguna Sacramental de España. Figuran entre sus miembros prelados, generales, almirantes, gobernadores, corregidores, alcaldes, títulos de Castilla, frailes en olor de santidad y representantes de todas las familias hidalgas que han tenido su domicilio en dicha población.

Pues bien; D. Francisco Manso de Andrade, caballero del Hábito de Santiago, solicitó y obtuvo su elección de archicofrade en 1603, y su hermano Don Diego, del mismo Hábito, tres años antes, ó sea en 1600. De este último, que heredó la casa y que es mi ascendiente, conservo el magnífico retrato firmado por Juan de Roelas. Es una obra de arte digna de un museo. Ya verá Vm. qué tipo, y qué gallarda figura es la de Don Diego... Perdona Vm. estas debilidades y no forme mal juicio de mí al notar que soy tan comunicativo con usted. Esto consiste en que conozco á Vm. hace tiempo...

—¡Que Vm. me conoce!

—Es decir, conozco los escritos de Vm., y la casualidad nos hace hoy viajar

en amor y compañía. Supe en Jerez quién era Vm., é ignoro si Vm. notó que en el acto despedí á mi criado, que va en el coche inmediato, y le previne que pagase éste por entero para que nadie nos interrumpiese en el charlar, si queríamos charlar, ni en el dormir si queríamos dormir. Si éstas son extravagancias, dispén-selas Vm. en gracia de la franqueza.

—Yo estimo...

—No estime Vm. nada, señor Doctor, pues llevo la mira interesada de suplicar á Vm. un favor tan fácil de pedir como difícil de remunerar.

—¿Y en qué puedo yo complacer á Vm.?

—Me explicaré —añadió el anciano con pena y con amargura. — Hablaré español, que me es más fácil que el francés. Yo he sido desgraciadísimo en mi vida de familia. Echemos un velo sobre estas cosas, y sobre la falta de salud que en breve ha de llevarme al sepulcro. No tengo hijos ni parientes de mi apellido en quienes dilatar por una generación siquiera el recuerdo que lleva más de tres siglos de permanencia en mi familia. Soy

el último de mi linaje. Mis sobrinos tachan de extravagancia el haber venido al Puerto de Santa María con el solo objeto de sacar un plano de la antigua morada en que se hospedó el de Austria. Poseo, original y autógrafo, el diario que de su alojamiento en ella escribió el licenciado Pedro de Radona, capellán de Don Antonio Manso. En este curioso cuaderno se describen prolijamente los sucesos, comidas, adornos, gastos, regalos, trajes, fiestas, etiquetas, y cuanto ocurrió en la casa de mi ascendiente durante el período que la habitó el ilustre hijo de Carlos V. La sencillez y la claridad con que se explica el cronista son admirables. Sin quererlo ni pensarlo trazó un cuadro magistral de las costumbres de aquella época. Contiene el legajo dos cartas inéditas de Don Juan de Austria á Doña María de la Cerda, anterior la una y posterior la otra al combate de Lepanto, contestando en ésta á la norabuena que se le daba por tan feliz victoria. En resolución, creo que con tales notas, que enseñaré á Vm. en Madrid, puede formarse un cuaderno, que copiado en gallarda

letra regalaré con la joya á un caballero que merece todo mi afecto y toda mi confianza, y á quien casi casi pertenece hoy de derecho la alhaja que yo procuro salvar de la destrucción y del olvido. Usted, que entiende de literatura, ¿querrá complacerme en disponer, arreglar y dirigir el libro á que aludo?

—Con la mejor voluntad y con mucha gratitud á la honra que Vm. me dispensa, — le contesté.

—No sabe Vm. el grandísimo favor que me hace. Mi opinión es que mientras menos encargos se encomienden á los herederos, es mejor. Si en vida nos cuesta trabajo practicar nuestra voluntad, ¿dejará de ser, por ventura, clara prueba de ridícula estupidez eso de encomendar á otro obligaciones que requieren algún gasto, algún trabajo y algún tiempo para cumplirse? De cada cien herederos, uno quizá obedece por media docena de años, cuando más, las disposiciones del testador á quien debe riquísima herencia. Ni aun el fácil encargo de adquirir para sí mismo un mueble ú objeto de mil pesetas, lo evacua el más obligado y al parecer

carñoso legatario. Cierta obispo español, sabio, virtuoso y hombre de mundo, sostiene que el pecado y la falta de conciencia están en el majadero que confía mandatos que no han de realizarse. Perdóneme usted si divago. Aquí tiene Vm. una tarjeta con mi nombre; *Juan Manso de Andrade*. Le agregaré las señas con lápiz: *Barrio de Salamanca, calle de tal... número tantos*. Es un hotel cómodo y espacioso que acabo de adquirir. Pienso acabar mis días en Madrid, pues su clima me sienta mejor que el de Bruselas. Mis sobrinos alojan conmigo, pero yo soy el jefe de la casa. Almorzamos á las doce y comemos á las siete; horas militares. Cuidado que la oferta no es vana; si Vm. puede y quiere acompañarme todos los días, todos los días tendré ese favor que agradecerle. Mis parientes son muy buenos, pero creo que no me darían tantas pruebas de amor si yo fuese pobre. ¡Qué diablos!... siempre ha pasado y pasará esto en el mundo... En fin, ¿cuándo nos veremos?

—No podrá ser tan pronto como deseo, señor D. Juan. Esta misma noche debo

marchar á París. Viaje de unos quince días. Hoy estamos á 10 de febrero...; pues bien, el 25 á las doce en punto me tendrá Vm. en su hotel.

— Conforme, señor Doctor, conforme. Almorzaremos, leeremos y platicaremos. Mi vida novelesca es larga de contar. Conozco á palmos á Europa, América y gran parte de Asia. He sido militar, comerciante, pintor, ingeniero, diplomático y qué sé yo cuántas cosas. Algunas de mis aventuras han de entretener á Vm.

Llegamos á Madrid después de un viaje inolvidable para mí, gracias á la amenidad que le prestó el discreto compañero. Al tiempo de despedirnos le dije: — Supuesto que he de saberlo luego, ¿quiere Vm. indicarme ahora cuál es el sujeto de tanta confianza á quien va Vm. á regalar y encomendar la caja de oro?

Don Juan miró á todos lados para cerciorarse de que nadie lo escuchaba: acercó los labios á mi oído, y pronunció muy quedo *tres palabras*, añadiendo en seguida: — Es discreto, es valiente y es caballero; ¿le parece á Vm. buena mi elección?

—Magnífica, excelente é inmejorable. Pero me ocurre una cosa. Convendría que la nota ó memoria no fuese manuscrita, sino impresa, y con lujo...: doce copias nada más...; cuatro para el discreto, valiente y caballeroso albacea; cuatro para Vm., y cuatro para mí como precio del trabajo, si no lo juzga Vm. caro.

—Aprobado—replicó D. Juan con alegría,—y hasta el día 25.

—Hasta el 25 á las doce — le contesté estrechando su mano.

\* \* \*

Volví de mi viaje aguijado por la curiosidad y por el deseo de no faltar á la cita. El 25 de febrero de 1877, minutos antes de las doce, me hallaba cerca del lindo hotel de mi nuevo amigo. Éste me esperaba fuera de la puerta de hierro del jardín que precedía á su morada. Hallábase vestido de negro y con su inseparable gorra á lo Luis XI. El día era magnífico y esplendente.

Al saltar del carruaje diciendo en alta voz «*no hay plazo que no se cumpla..*»,

noté mi equivocación. La persona que se me acercaba era el portero de la casa.

—El señor D. Juan Manso... ¿está?

El hombre se detuvo, mirándome de pies á cabeza, y con marcada pena contestó: — Hoy han marchado los señores á Bruselas...; ayer hizo nueve días de la muerte repentina del señor D. Juan; si quiere Vm. dejar recado ó tarjeta...

Mi sorpresa fué tal, que sin contestarle dí la vuelta á Madrid lleno de pesar y de contrariedad al ver convertido en día triste y aciago el que debió ser alegre y feliz. El olvido ejerció su imperio sobre este acontecimiento, haciéndolo dormir como otros muchos en las profundidades de la memoria.

\* \* \*

Dos semanas habrían pasado cuando visité á un coleccionista de antiguallas.

—¿Qué hay de nuevo en tu museo?

—No faltan adquisiciones. Aquí tienes dos magníficos libros de caballería andante, una excelente espada del *perrillo*, varios esmaltes, y esto que acaban de traerme hace pocas horas.

Mi amigo puso en mis manos la tapa de la caja de Don Juan de Austria, brutalmente profanada y mutilada. Después de dominar mi emoción, le pregunté con la mayor calma: — ¿Dónde has comprado esto? ¿Qué cosa es ésta?

— Esto acaba de encontrarse en una dehesa de la provincia de Badajoz. De allí se lo mandan, con plano y noticias del sitio del hallazgo, á uno de los chalanos de quien yo me valgo, hombre veraz, excelente y honrado. Es una *pátera* romana. La clase de oxidación que la cubre, prueba que hace siglos trataron de borrar sus letras y adornos, y que lleva muchos años de hallarse enterrada en lugar húmedo y calizo. El oro es de los quilates del que siempre usaban los romanos para sus alhajas. En las letras que conserva no falta más que el nombre propio del sujeto. Míralas bien:

OMI
DAV TRI

Ellas dicen muy claro OMINATOR  
DAULIUS TRIGAMUS, ó sea *Fulano*,

*agorero de Tracia, casado tres veces.* Esto no tiene importancia alguna y dificulto que alcance el precio de cuarenta duros que le han señalado, ó sean diez más del valor físico del oro. Al fin y al cabo tendrán que cederla á un platero que la tomará al peso.

Yo me hallaba, como dijo Cervantes, pasmado, absorto, suspenso, atónito, abobado y confuso, al oír los disparates y mentiras que salían de la boca del anticuario; al meditar en el triste fin de la joya de Carlos V; al sospechar la pérdida de los preciosos documentos de que me habló D. Juan Manso de Andrade, y al advertir el filón que para llenar las hojas de un pleito criminal ó las páginas de una novela tendrían con este asunto un golilla hábil ó un escritor ingenioso.

A mí no se me ocurrió más que guardar en el bolsillo la chapa, que no había soltado de las manos, y poner cuarenta duros sobre la mesa. — La pátera, ó como esto se llame, es mía. Ahí tienes su precio. Y ahora venga pronto... muy pronto, un martillo.

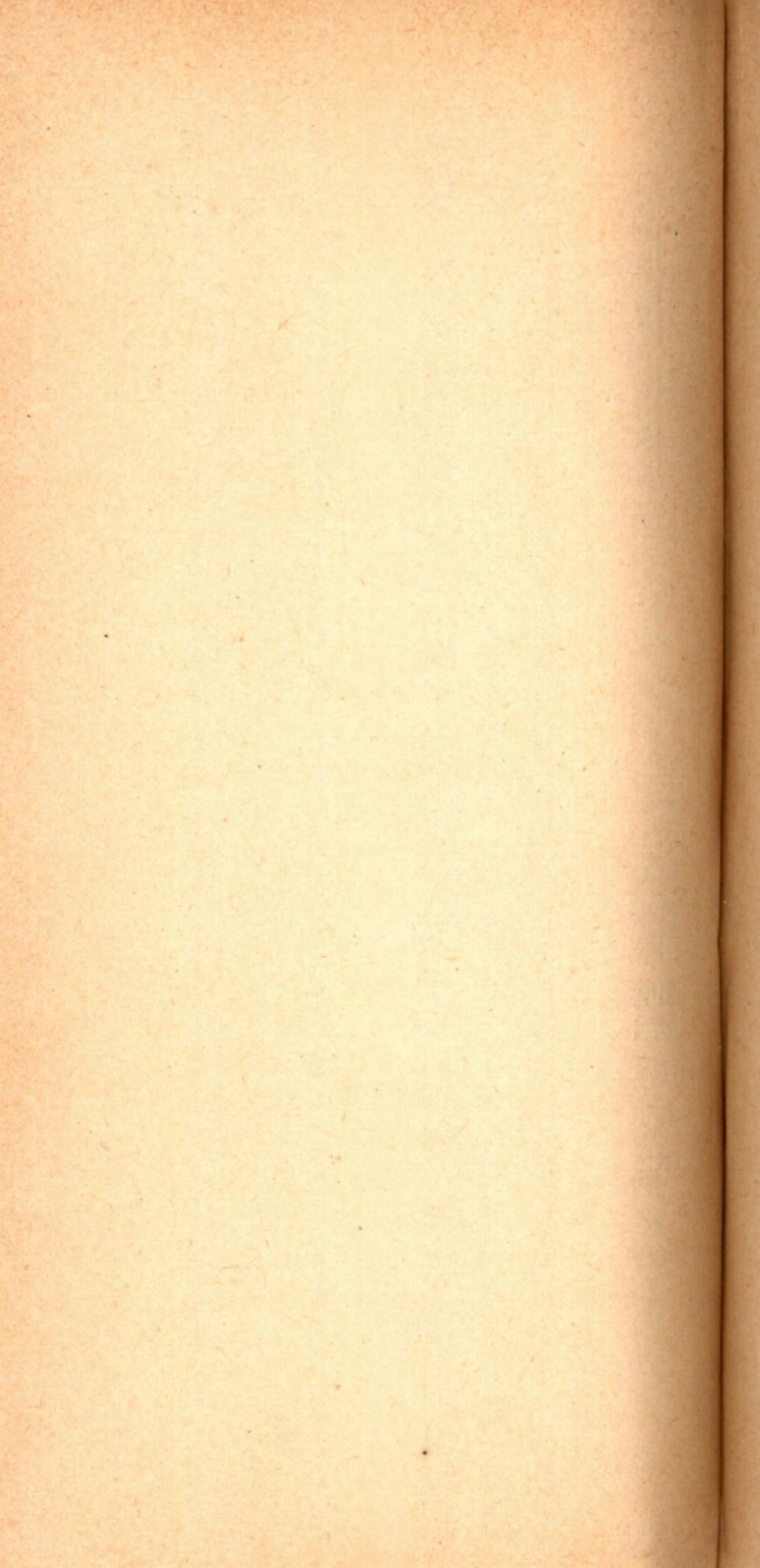
Mi amigo, asustado, trémulo y juzgán-

dome loco, obedeció sin replicar. En pocos golpes borré por completo la leyenda y rompí en pedazos la plancha. Volé á la Casa de la Moneda, y conseguí presenciar la mezcla y fundición de aquellos trozos de oro con el oro destinado á convertirse en doblones. Más de mil piezas de veinticinco pesetas, acuñadas en 1877, llevan en sus entrañas que digamos, partículas de la caja austriaca. Yo creía descargar mi conciencia y cumplir en lo posible la voluntad de un muerto, logrando que sobre aquel mismo metal se estampase el blasón real de España y el busto del monarca Don Alfonso XII, porque el monarca Don Alfonso XII y no otro, era el *discreto, valiente y caballeroso* albacea á quien D. Juan Manso de Andrade quería donar y encomendar la custodia de la rica y desdichada caja de oro del vencedor de Lepanto.

#### EL DOCTOR THEBUSSEM.

Dehesa de Ben-Halluz (Medina-Sidonia), 16 de diciembre de 1880 años.







## EL CAPITÁN ROXAS

Á D. MANUEL GÓMEZ-IMAZ



LA Baronesa de Ebeling, bella y rica viuda con cuarenta años de edad, se hallaba ligada, por vínculos de sangre y de afecto, con las casas más ilustres de Prusia. Era aristócrata de corazón. Comprendía y confesaba la existencia de infinitos nobles convertidos en canallas, y la de gentes plebeyas, mil veces preferibles, que resultaban caballeros sin tacha y sin mancilla.

Egoísmo refinado, según la Baronesa,

era el de las personas ilustres que contraían matrimonios desiguales, puesto que en tal caso quienes se perjudicaban eran los hijos. Los argumentos de la de Ebeling se reducían á decir:

Algo tendrá la sangre cuando los más demócratas y los más despreocupados se enorgullecen al ver que sus hijas contraen matrimonios con personas de título; algo tendrá cuando el vulgo mira con distintos ojos á los descendientes de los criminales que á los de los hombres ilustres; algo tendrá cuando hay tantos que alardean de su parentesco con duques y marqueses, y tan pocos los que publican que sus deudos son zapateros y carniceros; algo tendrá cuando nadie se ofende de que le hablen de su abuelo *el Conde* ó *el Almirante*, y muchos se agraviarían de que les recordaran que su antepasado fué tabernero ó limpiabotas; algo tendrá cuando tantas supercherías se forjan para simular buena cuna, y tan pocas para demostrar un nacimiento humilde, y algo tendrá la *sangre azul* cuando no les ha ocurrido á los señores demócratas formar gremios ó cofradías en que solamente puedan

entrar los que justifiquen descendencia de villanos por todos cuatro costados. En fin; ser legalmente de buena prosapia, es una gracia del cielo que nadie repele, así como tampoco nadie rechaza un cuerpo distinguido y garboso. Si los apellidos y las caras se eligiesen, ¿cuán grande no sería el consumo de nombres ilustres y de bellas fisonomías?

Empapada la Baronesa en tales creencias, que, absurdas ó axiomáticas, hallaban pleno asentimiento y conformidad en las personas de su trato, se comprenderá fácilmente la importancia que daba á la alcurnia del novio de su hija única, linda muchacha de veinte años, con buen dote y buenas dotes. Magdalena amaba al capitán Roxas, y el capitán Roxas amaba á Magdalena.

\* \* \*

De este capitán se sabía que era uno de los oficiales más ricos, generosos, gallardos y valientes del ejército prusiano. Frisaba en los treinta años. Alto, moreno y con ojos negros, no desmentía su origen español. De esmerada educación, hablan-

do varias lenguas de Europa y peritísimo en equitación y esgrima, no era manco en el piano ni en rasguear con soltura una guitarra. Su comportamiento y la conocida nobleza de su apellido histórico, le franqueaban todas las puertas y lo hacían pasar por un dechado de caballeros.

La Baronesa se dejó llevar por estos rumores; pero cuando advirtió que las pretensiones se formalizaban y notó que el capitán, resistiéndose á la mejor diplomacia y á las más hábiles indirectas, jamás nombraba á *España*, ni á su *familia*, ni á sus *parientes*, comenzó á entrar en sospechas y á tomar, por conducto de cónsules y embajadores, informes del linaje, prosapia y alcurnia del misterioso capitán Roxas. Éstos dieron los turbios é incoherentes resultados que siguen:

- (A) Que descendía de un lacayo;
- (B) Que era expósito;
- (C) Que era hijo natural de la ilustre dama que luego fué Marquesa de Tabaloso;
- (D) Que no era hijo de dicha señora, sino de su marido el Marqués y de una modista;

(E) Y por último, coincidían todos los declarantes en que el capitán no se llamaba *Roxas*, y que había tomado este noble apellido, bastante generalizado en España, para ocultar su humilde nombre de familia.

A la Baronesa se le anubló el corazón con tales nuevas. Ella hubiese preferido la paternidad natural del Marqués de Tabaloso, porque entre aristócratas se antepone la alta cepa bastarda á la humilde cepa legítima. Yo, que había sido médico de la Baronesa en la temporada que ejercí la profesión en Berlín, conservaba con ella excelente amistad. Sabedora de mis relaciones y conocimientos en España, me mandó llamar, me abrió su corazón y me expuso sus cuitas. La incertidumbre era lo que más le atormentaba. Poco le suponía ya que Roxas fuese noble ó plebeyo: lo que ansiaba saber era el verdadero origen del misterioso capitán.

Cuando le manifesté que no me era difícil satisfacer en el acto su justa curiosidad, se volvió loca de alegría. Mandó arreglar la chimenea y que trajesen una

botella de superior y legítimo *Rüdesheim*. Colocada una mesa delante de la lumbre, repetida al maestresala la orden de que no recibía á nadie, cerrada la puerta del gabinete, y después de tomar *por su belleza* (brindis que me agradeció mucho) una copa de aquel delicioso néctar, solté la voz á semejantes razones:

—Supongo, señora Baronesa, que está Vm. conforme en que casi toda la nobleza europea arranca de hembras; quiero decir, de *puntas de espadas* y de *amigas de reyes*...

—Sí señor, sí señor.

—Pues entendiéndolo así y reputando por mejores troncos á un Beltrán Du Guesclin ó un Diego de Almagro, que á Juan Froissart ó al Arcipreste de Hita (suponiendo que no hubieran sido eclesiásticos) tenemos que decir con Don Quijote: *Quitenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas*. Me figuro que va Vm. á *armar caballero* á nuestro capitán, y hago esta advertencia para que me escuche Vm. con tranquilidad.

—Mil gracias, querido Doctor; prosiga Vm.

—Pues ha de saber Vm. que en 1852 me hallaba yo en Madrid, y tenía estrechas relaciones con el Marqués de Tabaloso. Este perfecto caballero llevaba los buenos apellidos de Osorio, *Roxas*, Castro y Mendoza, era poseedor de un gran caudal y no tenía hijos. Fué militar y se retiró de coronel. El día que obtuvo la licencia absoluta, hizo una hoguera con todos sus papeles, cruces y pertrechos de soldado. Nunca pude averiguar la causa de la ojeriza que el Marqués profesaba á las armas. Creo que el origen fué cierto compromiso contraído con motivo de uno de los *pronunciamientos*, tan vulgares en España en aquella época.

Era el Marqués aficionado á los caballos, gran jinete y muy amigo de Baucher, del conde D'Aure, del general L'Hotte y demás maestros franceses. Su biblioteca *hípica* en todas las ramificaciones del asunto, no tenía rival. De carácter franco y expansivo, su único defecto era ser un poco irascible, pero su ira jamás pasó de momentánea. Llama de chamarasca y nada más. Gozaba en pedir perdón al que creía haber ofendido, aun cuando

fuese de pensamiento. Como militar, su valor rayaba en lo temerario.

La Marquesa era una santa. Pensar en hijos naturales de aquella dama, que no los tuvo ni legítimos, es pensar en lo imposible.

En los tiempos á que me refiero servía al Marqués un ayuda de cámara de muy buen porte, licenciado del ejército, y natural de un pueblecillo de la provincia de León. Llamábase Germán Alonso, y era hijo de un albañil. Pasaba por mozo de honradez y de vergüenza, no desmentidas en los tres años de servicio en la casa. No pudiendo comprender el vulgo que *Alonso* fuese apellido, el mismo interesado trocó los frenos de su nombre, por cuyo motivo todos le decían y él se firmaba, *Alonso Germán*.

\* \* \*

Hallábase el Marqués por aquel entonces enamorado de un caballo normando, y con tal maestría trabajó el negocio, que vinieron á ofrecérselo. No anduvo con regateos ni chalanerías.

—Vamos — dijo, — el jaco me gusta, y si me agrada también el precio, lo compro. ¿Cuánto vale?

—Señor Marqués—replicó el vendedor, —para no moler, vale 5.000 francos.

—Contrato hecho; Alonso — dijo entregando una llave á su criado, — en mi gaveta, bajo un sobre, hay seis billetes franceses de 1.000 francos: traiga Vm. cinco.

El vendedor recibió de manos de Alonso los billetes, y comenzó á mirar y remirar al que tenía una gran quemadura en su centro.

—Señor Marqués, ¿pasará este billete?

—Hombre, sí; esto no le importa nada.

—Pero ya se ve... ¡la quemadura es tan grande!

—Venga acá el billete — respondió el Marqués con enojo; — Alonso, cámbielo Vm. por el otro que ha quedado en el cajón.

Bajó el criado á los pocos momentos con un nuevo billete sano y salvo que entregó al vendedor, devolviendo la llave á su amo.

. . . . .

A los veinte días de este acontecimiento fué el Marqués á buscar su dinero, y no halló más que el sitio y vacía la cubierta que lo encerraba. Se registraron escrupulosamente todos los cajones y las correderas; se desarmó por completo la mesa... y nada pareció.

El Marqués tenía evidencia de no haber dispuesto del *billete quemado*: la llave permaneció siempre en su bolsillo: Alonso fué quien intervino en este asunto, y como Alonso era el único sirviente que entraba en el despacho del Marqués, Alonso debía saber el paradero de los 1.000 francos.

Nada se averiguó. El criado, como era natural y siempre sucede, juró y perjuró que el billete quedó en el mismo sitio y que no había vuelto á verlo: el Marqués se empeñaba en regalar los 1.000 francos á Alonso, con tal de que éste confesase que los había tomado: el mozo se resistía con terquedad á tal confesión: su amo, ya iracundo, le llamó embustero, ladrón y canalla, amenazándole con los tribunales de justicia. Cuando se hallaban á punto de venir á las manos, intervino afortunadamente la Marquesa para calmar

la tempestad, y Alonso fué despedido con la caballerosa oferta de no revelar el motivo de su expulsión.

Al corto tiempo hubo una prueba de la criminalidad del mozo. Su mujer, que tenía una modesta casa de huéspedes, mejoró el menaje de la posada, comprando muebles y ropas por valor de tres mil y pico de reales. Alonso, además de pupilero, trabajaba de mozo de comedor ambulante en las fondas ó sitios donde le necesitaban.

Todo se olvidó antes de un mes, y los Marqueses, al recordar á Alonso (cuyos buenos servicios echaban de menos), decían: Dios lo perdone, como nosotros lo perdonamos.

\* \* \*

Conservaba el Marqués algún caudal y muchas relaciones y parientes en Potsdam, á donde iba con frecuencia. Propúsole uno de sus deudos cierto negocio mercantil en Filipinas, y el buen Tabaloso, más por proteger al primo que por afán de medro, se había aventurado, tiempo

atrás, á destinar algunos miles de duros á semejante empresa. Tuvo ésta varias alternativas; hubo quiebra; siguióse un pleito que duró varios años; se embargaron bienes, y por fin llegó la hora de cobrar los veinte y tantos mil pesos arriesgados en la especulación. La correspondencia del Marqués con su agente de Manila era activísima, y el correo de aquellas tierras esperado siempre con interés y curiosidad. No olvidaré la noche en que se recibió un pliego que causó gran satisfacción á los Marqueses. Rezaba en él hallarse cobrados, no solamente los veintidós mil pesos de la deuda, sino también los intereses de seis años, las costas judiciales y los daños y perjuicios.

—¡Victoria en toda la línea!... — exclamó el Marqués frotándose las manos con júbilo.

—¡Bendito sea Dios que tanto nos favorece!... — dijo la Marquesa elevando los ojos al cielo.

A buena cuenta contenía la carta una letra de dos mil esterlinas á cargo de la casa de Baring Brothers de Londres, tomada sin descuento, y la oferta de re-

mitir el resto, ya aprovechando ventaja en los cambios, ó ya del modo que determinase el Marqués. Éste examinaba las notas y documentos del pliego, mientras que la señora y yo tratábamos y defendíamos que fuesen *dos mil*, en vez de *mil*, los pesos que había ofrecido para las limosnas y obras de caridad á que la santa Marquesa dedicaba cuantos bienes, propios ó ajenos, caían en sus manos.

De repente, y en medio de aquel holgorio de familia, se levanta el Marqués pálido, convulso y con el cabello erizado, prorrumpiendo en un

¡¡¡DIOS MÍO DE MI ALMA!!!...

cuya entonación, fuera del alcance y facultades de un Garrick, de un Lemaitre, ó de un Romea, créalo Vm., Baronesa, jamás se borraré de mis oídos.

Aquel hombre cayó desplomado sobre el sillón, repitiendo con voz ahogada y en diversas inflexiones:

¡DIOS MÍO!... ¡¡DIOS MÍO!!... ¡¡¡DIOS MÍO!!!...

Mi situación y la de su esposa la comprenderá Vm. sin que yo trate de expli-

carla. Me alargó por instinto la alegre y satisfactoria carta de Manila, que escrita sobre pliego en folio terminaba en su primera plana. Debajo de la firma decía *á la vuelta*; y á la vuelta se hallaban efectivamente los renglones que siguen:

Acabo de recibir en este momento de la salida del correo su grata de 3 de septiembre, cuyo contenido es de conformidad. Lo que no comprendo, pues nada me explica la carta, es la inclusión que V. S. me hace en ella de un billete de francos \_\_\_\_\_

1.000 (mil) del Banco de Francia, con

número de orden 29.052, que por cierto tiene una quemadura en su centro. Casualidad ha sido que no lo sustraigan en el correo, viniendo la carta sin certificar. Desde luego se lo abono á V. S. en n/c con baja del 6 por 100, que es hoy su descuento en esta plaza, ó sea por francos \_\_\_\_\_

940, que al cambio de 5'25, arroja (salvo error) un total de pesos \_\_\_\_\_

179'05.—Fecha ut retro.—M. Lizardi.

Tabaloso se hallaba confeso y convicto de su distracción ó torpeza en haber incluido la carta para Manila bajo *el mismo sobre* que custodiaba el billete de banco.

El Marqués ansiaba ver á Alonso y pedirle perdón. Yo, que sabía su casa, llegué á ella volando, y lo hallé correctamente vestido de frac y corbata blanca, dispuesto para servir de camarero en cierto banquete que iba á celebrarse aquella noche en no recuerdo qué fonda ó palacio.

Le expliqué en pocas palabras el desenlace del asunto, mientras á trote largo volvíamos al domicilio de Tabaloso en uno de sus carruajes.

La entrevista puede Vm. figurársela, querida Baronesa. El Marqués se avanzó á Alonso, inclinó el cuerpo, le cogió la mano, y besándosela dijo:

—¡Alonso!... ¿Me perdonas?

Alonso, temblando como azogado, blanco como la cera, y con turbada lengua balbucía:

—Señor... señor... señor Marqués, yo no puedo, yo no puedo perdonarlo... porque yo... porque yo perdoné á V. S. con todo mi corazón desde que salí de esta casa; V. S. es quien ha de perdonarme á mí el atrevimiento que voy á tener con esta santa...

Y diciendo y haciendo, se arrodilló

ante la Marquesa, le cogió las manos y se las cubrió de besos y de lágrimas. En fin; una escena que descrita por novelista hábil ó representada por buenos actores, hubiera colmado de gloria y aplausos al uno y á los otros.

\* \* \*

El modesto pupilaje de Alonso, del cual era el alma su mujer que dirigía la cocina con las manos y el entendimiento, saltó desde un sombrío tercero de la calle de Jacometrezo á un hermoso principal de la de Alcalá. Por dos años todo navegó viento en popa, gracias á la buena suerte y á la protección y amparo de los Marqueses de Tabaloso. Éstos no pudieron apadrinar al segundo hijo de Alonso, porque el parto fué infeliz y además costó la vida á la madre. La pena del viudo fué grande, pero de corta duración: falleció de pulmonía á los dos meses. Dejó por herencia unos mil duros en que se vendieron los muebles de la casa, y un sucesor primogénito de seis años de edad, llamado *Periquillo Germán García*, puesto

que en la partida de bautismo rezaba que el nombre de su padre era Alonso Germán, de oficio camarero, y el de su madre Francisca García.

Ya habrá Vm. comprendido que este *Periquillo* es hoy nuestro

DON PEDRO DE ROXAS,

capitán de Húsares en el ejército de Alemania.

Los Marqueses de Tabaloso le costearon educación y carrera, y testaron á su favor una renta de veinte mil francos en papel de la deuda francesa. Se formó un expediente aclaratorio del error de su partida de bautismo, para justificar que el apellido era *Alonso* y no Germán; y también se consiguió autorización, á solicitud del interesado, para usar el de *Roxas* en recuerdo de gratitud y afecto á sus protectores. Como el chico deseaba ser militar, y al Marqués no se le gastaba su ojeriza contra el ejército español, logró también que el ahijado fuese reconocido como súbdito alemán y sirviese en las tropas de dicho país.

En vista de tales antecedentes, mi exce-

lente Baronesa, ¿qué diablos quiere Vm. que el capitán diga ó hable de su familia, de su niñez, de sus parientes y de España, si salió de aquel país á los nueve años y no conserva en él personas, ni bienes, ni recuerdos de su cariño y afecto? Tantas relaciones debe tener Roxas con España, como Vm. con el Japón. Noticias históricas y geográficas, y nada más.

—Es verdad, muy verdad —dijo la Baronesa de Ebeling. — Muchísimas gracias, Doctor, por la relación que acaba Vm. de hacerme. La milicia tiene de por sí brillo y nobleza; pero el asunto merece pensarlo despacio. ¿Y está enterado de su propia historia el capitán Roxas?

—Lo ignoro, señora Baronesa. Pero si no la conoce, debe sospecharla. Él es amigo mío, y cuando nos vemos platicamos en español, que lo habla correctamente. Me cita párrafos del *Quijote*, de *Santa Teresa* y de su poeta favorito, que es el Duque de Rivas; me recuerda las corridas de toros y las comedias que vió en Madrid; me repite su deseo de dar una vuelta por España; conserva en memoria la magnificencia y lujo de las caballerizas

de Tabaloso y lo mucho que gozaba en ayudar al Marqués á poner herraduras á los caballos; me encomia la hidalguía de aquellos señores, cuyo recuerdo no se borra de su alma..., y aquí paz y después gloria.

Apuré la cuarta copa de *Rüdesheim* y me despedí de la Baronesa. A los pocos días recibí de ella un regalo espléndido: cincuenta botellas de *Johannisberg* añejo y mil cigarros habanos legítimos de superior calidad, ó sea de aquellos que no se encuentran hoy por un ojo de la cara. ¡Buenos eran!

\* \* \*

Pasados seis meses y hallándome en Londres, cayó bajo mi vista la *Neue Preussische Zeitung* de Berlín, de fines de diciembre de 1875, donde leí el siguiente párrafo:

El jueves último se verificó en la iglesia de Nuestra Señora el matrimonio de la Srta. *Magdalena*, hija de los Barones de Ebeling, con el Sr. P. de *Roxas*, Capitán de Húsares.

No agregaba, como hacen muchos papeles españoles, lo de llamar *bella* á la novia y *distinguido* al novio; ni decía los *broches*, *camisas* y *medias* que le habían regalado; ni el nombre del *canónigo* que los casó; ni el del *padrino*; ni los *platos* que almorzaron; ni el *pueblo* ó *castillo* adonde marchaban para pasar la luna de miel... Tan interesantísimas noticias se las callaba el diario alemán, sin escribir más que el 'suelto mondo y lirondo que dejo copiado.

Cogí la pluma y felicité á la Baronesa diciéndole que si las ESTRELLAS intervienen en la bienandanza humana, su hija había de ser completamente venturosa, puesto que con *cinco* puntas ó con *seis*, y ya viniesen del *cielo* ó ya de las *espuelas* (STAR ó MULLET, como dicen los heráldicos ingleses), siempre resulta buen blasón, en todos sentidos, el que describió Luis Zapata en su *Carlo Famoso*, diciendo:

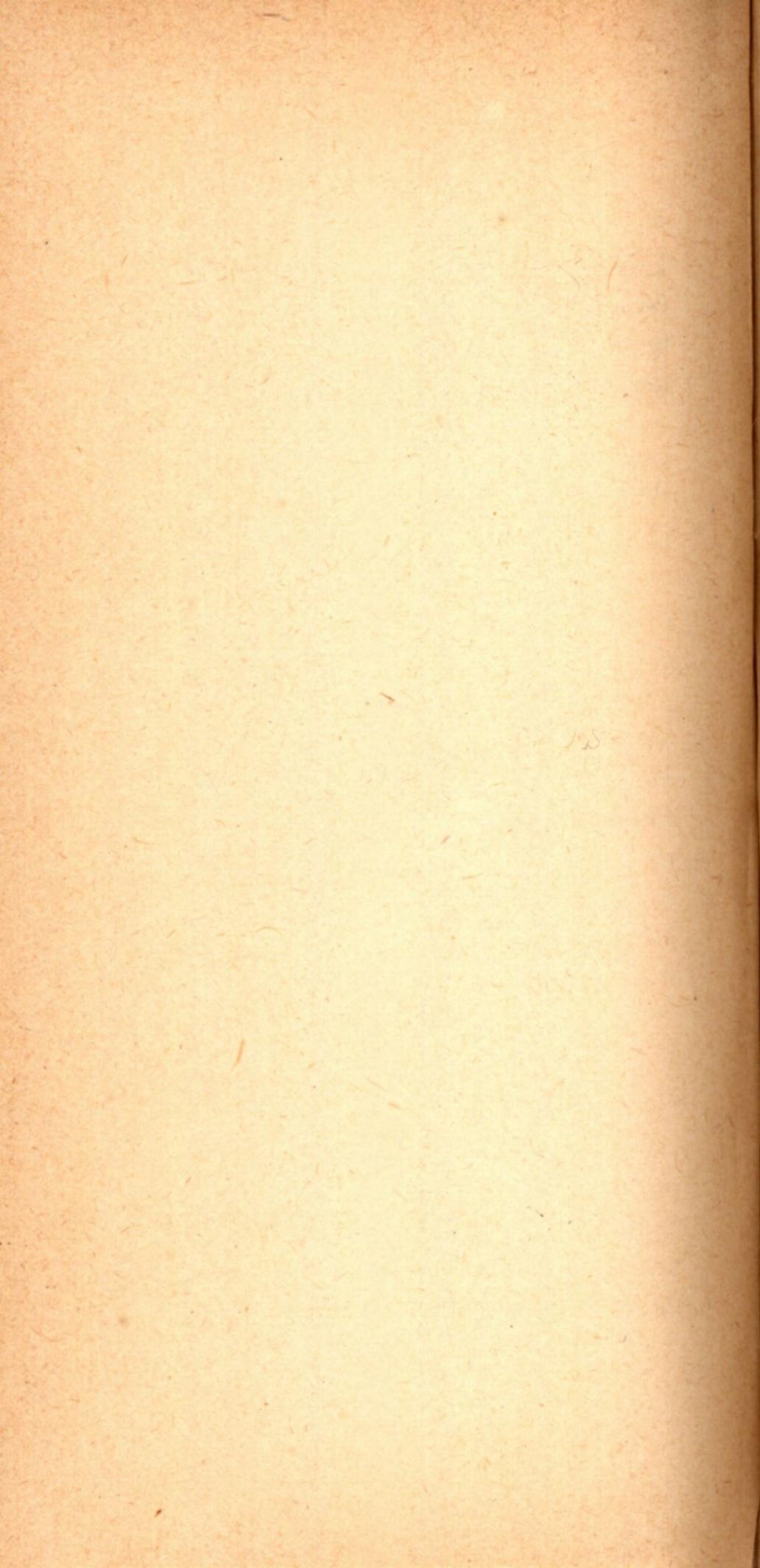
Cinco estrellas azules esculpidas  
En limpio escudo de oro reluciente,  
Son de ROXAS las armas conocidas  
Por linaje famoso y excelente...

No escribí á los novios, pues para que fuesen todo lo dichosos que yo deseo, maldita la falta que les hacía la felicitación de

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina Sidonia, 2 de abril de 1891 años.







Á D. BASILIO JESÚS GARCÍA



ASI todas las aventuras cinegéticas se hallan tan vecindadas con la fábula, y es tan escaso el crédito que merecemos

los cazadores, que necesito protestar una, dos y tres veces de la certidumbre de cuanto voy á referir.

Figúrate, lector, seiscientas hectáreas de terreno llano y arenisco, pobladas de acebuches, chaparros, jaras, carrascas y palmitos; figúrate lagunajos, arroyos, zarzas, juncias, cañas y todas las variedades de maleza que producen los tartesios campos, creciendo hasta aprisionar las ramas de árboles corpulentos, como sucede en los bosques de Australia; figúrate

una torre árabe alta, robusta, sólida y elegante, coronada con restos de carcomidas almenas; figúrate, por último, varias aceñas de arquitectura moruna que aprovechan las aguas de aquel terreno, sirviéndole al mismo tiempo de bella y pintoresca orla, y tendrás idea del campo de *Ben-Halluz*. En seis siglos de dominación no han podido el hacha y el fuego del cristiano esquilmar la finca ni destruir las obras musulmanas. En *Ben-Halluz* siempre se admira el lujo de la naturaleza y se recuerda siempre la dominación de los agarenos.

Dicen antiguos pergaminos con letras miniadas de oro y colores, que este castillo hubo de ganarlo trabajosamente Don Alfonso *el Sabio*, después de conquistar á Medina Sidonia, en cuyo término se halla; y agregan que en 1271 lo donó, con sus tierras, montes, fuentes y ríos, á Fr. Juan Martín, primer Obispo de Cádiz. Desde este dueño pasó, en 1422, por precio de cuatrocientas doblas de oro moriscas, á Don Pedro González, tesorero y canónigo de la Santa Iglesia de Sevilla, quien, dudando de la validez de los títulos de pro-

piedad, hizo que se confirmasen por privilegio rodado de Don Juan II, fecho en Valladolid en 1434. Poco tiempo después, ó sea en 1439, vendió el D. Pedro González, en mil doblas de la banda castellana, la *Alcaria é Castiello de Benalú* al concejo, alcaide, alcaldes, alguaciles, jurados y hombres buenos de la ciudad de Medina Sidonia.

Todo este preámbulo (que se pudiera muy bien excusar) es para decir que mi primera expedición de caza se verificó en *Ben-Halluz*. Una ligera y excelente escopeta de pistón que era el mayor adelanto en aquellas calendas, llena de adornos nielados de plata, con sus correspondientes pertrechos, formaban mis arreos. Los maestros, consejeros y directores, fueron tres notabilidades de justo renombre en el territorio.

El P. Cordón, ex claustrado franciscano, alto de cuerpo, ágil y valiente por extremo, con más pericia en tirar lobos y gallinetas que en conocer las *Súmulas de Villalpando*; Manuel de Reina, que no solamente era diestro en matar y adobar conejos al igual de un maestro de cocina,

sino en cantar seguidillas cautivando con la guitarra, y Frasquito Gil, á quien, por su certeza en tumbar corzos y jabatos, le daban el mote justísimo del *Tirador*; pues como dijo un célebre poeta,

...Lo era tan extremado,  
Que nunca erró puntería,  
Clavando siempre las balas  
Donde clavaba la vista.

Yo, que no había pasado de matar un pajarillo en cada cinco tiros, podía considerarme junto á aquellos príncipes de la escopeta como el ricacho de una aldea de Galicia al lado de los Salamancas, Urquijos ó Manzanedos.

La hermosa cuadra de la torre del homenaje de *Ben-Halluz* lleva años, y aun siglos, de hallarse entregada al brazo secular del campesino. De las labores, leyendas, taraceas y ajimeces que cubrían y adornaban sus muros y gallarda bóveda, no quedan más que vestigios carcomidos por la humedad y por el tiempo. Hoy tachonan las paredes groseros clavos de madera, que sostienen frenos, espuelas, escopetas, ristras de ajos, mantas, alforjas,

capachos y otros menesteres de campo y de labranza.

Delante del gigantesco hogar, en el cual ardía un mediano monte de leña, y en torno de la escasa superficie de la mesa, nos hallábamos cazadores y comensales haciendo la digestión del gazpacho, pernil, queso, nueces y alfajores, que con riego de buena manzanilla de Sanlúcar había sido nuestra cena. Se hablaba de caza, refiriendo lances y sucesos en el estilo difuso y con las exageraciones y ponderaciones peculiares del vulgo andaluz. El tío Bernardo de Cozar, colono del cercano molino de Abeancos, se condolía amargamente de los grandes daños que unas malditas zorras, burlando toda clase de trampas y armadijos, hacían en su palomar y gallinero. El senado de los oyentes confirmó la justicia y la verdad de aquellas quejas, asegurando que las raposas de la dehesa de Rejuelga, nacidas en la tierra del moro y que pasaban á nado el estrecho de Gibraltar, excedían en talento y luces al hombre más sabio y astuto. Adujeron como probanza el caso de dos célebres zorras de dicho país, cuya

habilidad llegaba al extremo de ladrar y maullar fingiéndose perros ó gatos, y de disfrazarse de cabras cubriendo su cuerpo con pieles y cuernos que ellas mismas habían preparado al efecto. En resolución, después de mucho hablar y discutir, se averiguó, con más certidumbre que si se tratara de la órbita de un astro, el derrotero que seguían y la hora á que llegaban las alimañas al corral de Abeancos. Con tales antecedentes, Manuel de Reina condenó á muerte á las zorras, agregando que no habían de salvarlas todas sus camándulas y bellaquerías, ni aun la misma bula de Meco. El P. Cordón y Frasquito *el Tirador* confirmaron el fallo, y dispusieron que la sentencia se cumpliese á las seis en punto de la mañana del siguiente día.

Me aconsejaron que no asistiese á tan ardua empresa, porque la espesura del monte y la cautela y maestría que para el caso se necesitaba, pudieran estropearme y descomponer la fiesta.

A las siete no habían regresado los cazadores. Viéndome solo, tomé la escopeta con intención de pasear por aquellos con-

tornos, seguido de un perro advenedizo que voluntariamente quiso acompañarme. Pasados quince ó veinte minutos de camino, sin recordar siquiera que llevaba escopeta y podenco, éste dió un ladrido agudo, estridente y alegre; corrió en derredor de una zarza, y por último saltó con gran ligereza trayendo un conejo en la boca. Abandoné el arma para quitar su presa al verdadero cazador. Éste huía de mí; pero al fin, después de una lucha moral de astucia y de bajeza, logré arrancar de sus dientes el conejo. Acaricié al podenco, y le hice más halagos que candidato á elector influyente del distrito. Recogí la escopeta y seguí adelante con mi compañero, alejándome á paso largo de *Ben-Halluz*.

Comenzaba á saborear mi alegría, cuando el perro latió otro conejo... y otro después... y otro luego. Dueño de las cuatro piezas, empecé á madurar un delito. No quería que fuesen testigos ni el can ni las distantes almenas del castillo. A aquél cometí la ingratitud y la vileza de echarlo á punta de guijarro, y de éstas me oculté en la hondonada ó cauce viejo

de un arroyo. Mi plan era dar un tiro á cada conejo para figurar que los había matado el plomo de la escopeta. Este proyecto resultó irrealizable, porque yo no traía más municiones que las encerradas en el cañón del fusil.

Imaginé entonces arcabucear juntos á los muertos. Hace de esto un tercio de siglo, y tengo la escena tan presente como si hubiese pasado en el día de ayer. El corazón me palpitaba de un modo violento. La idea de que faltase la escopeta me estremecía tanto como pudiera espantarle á Julio Gerard en presencia de un león. Recorrí aquellos contornos para cerciorarme de que no tenía más espectadores que los árboles. Ningún falsario ni ladrón tomó en su vida tantas precauciones. Sobre una piedra llana y limpia, que salía de la tierra como tres palmos, coloqué los cadáveres de vuelta encontrada; es decir, alternando la cabeza de uno con las patas de otro. Me retiré veinte pasos; la distancia me pareció larga, y la fui acortando hasta quedar en la mitad ó menos; busqué la rasante del tiro con la superficie de la peña; hiqué una rodilla

en tierra; monté la escopeta, apoyándola para mayor seguridad en las ramas de un cambrón; apunté..., recogí el aliento..., hice fuego..., y pum...

Los conejos desaparecieron como por ensalmo, y creí por un instante que se habían marchado. Hallábanse en el suelo destrozados y empujados por el tiro. Los metí precipitadamente en el zurrón; volví á registrar en los alrededores para convencerme de la soledad en que me hallaba, y más ufano que el Cid Campeador tomé á paso largo el camino de la torre. Creí que la jugada estaba hecha, pero aun faltaba el rabo por desollar.

Cuando llegué á *Ben-Halluz* se encontraban allí los maestros.

—¿Murieron por fin esas zorras?—les pregunté.

—En paz descansen — dijo Manuel de Reina.

—¿Y quién las mató?

—La escopeta del Reverendo Padre Córdón.

El Padre, á causa de su estado, tenía la delicadeza ó la costumbre de no decir nunca *yo maté*. Todo lo refería á su esco-

peta, como si ella se disparase por impulso propio y de un modo sobrenatural y milagroso.

—¿Y tú qué has hecho?

—Yo, mi querido Cordón, poca cosa. Tu seráfico Padre San Francisco me ha favorecido. Aquí tienes.

Y con estudiada calma é indiferencia saqué una pieza del morral.

—¡Bien! ¡bravo! ¡magnífico!...—exclamaron mis maestros;— por ahí se empieza.

Y en seguida fuí arrojando con orgullo á los pies del tribunal el segundo... el tercero... y el cuarto conejo.

La sorpresa, la admiración y el asombro se pintaron en las caras de aquellos jueces. Acudieron los guardas, pastores, mayordomos y capataces de la casería, atestiguando todos que mi ausencia no llegaba á una hora, y que habían escuchado los tiros.

Los médicos más hábiles y escrupulosos en practicar una autopsia, no registran el cadáver con la prolijidad é interés con que aquellos hombres examinaban el tiro de cada conejo.—Éste tiene deshecho

todo el cuarto trasero; á ese le falta media cabeza; aquél no conserva ni señal del plomo, y á estotro le han rozado los perdigones una oreja. ¡Qué tiros tan raros!—decían en coro y mirándome á la cara el Padre Cordón, Manuel de Reina y Frasquito *el Tirador*. El célebre Goya hubiera pintado un gran cuadro con sólo copiar la escena que refiero.

Después de mil preguntas, que me ponían en grave aprieto, y de manifestar que yo mismo no podía dar cuenta de las minuciosas explicaciones que ellos deseaban, resultó lo siguiente: Que dos de los conejos se habían tirado á boca de cañón, y otros dos á larguísima distancia, y que el golpe de un grano de munición casi frío puede, sin que resulten señales, cortar la vida de un conejo. Citáronse casos prácticos que confirmaban semejante doctrina, y con gran contento mío terminó aquella terrible indagatoria, apresurándome á colocar la escopeta vacía junto á los arreos de caza que dejé olvidados, y cuya particularidad por lo rara quizá pasó inadvertida para los circunstantes. Todos ellos creyeron á pie juntillas que el discípulo se

había estrenado en buena lid, y así lo publicó la fama trompetera entre los cazadores y aficionados de la comarca.

Al poco tiempo volví á *Ben-Halluz*. En el acto fuí al teatro de mi hazaña y hallé en el antiguo cauce la piedra limpia, dura y hermosa que sirvió de altar para el sacrificio, conservando aún señales de los perdigones.

Quise marcar un signo que perpetuase á mis ojos el lugar de la aventura, y con cincel y martillo grabé esta especie de leyenda algebraica:

4 + M

en la cual no decía *cuatro más eme*, sino que, considerada la cruz como señal, el guarismo y la letra eran abreviatura de las palabras CUATRO MUERTOS. . . . .

. . . . .

A los veinte y tantos años de estos sucesos, que por primera vez revelo, el dueño de unas tierras colindantes con *Ben-Halluz* quiso dar un ensanche de treinta ó cuarenta hectáreas á su finca, y promovió el deslinde de la misma. Los golillas otor-

garon lo que se les pedía, por ser de justicia, y *considerando que, según el dictamen de los peritos y reconocimiento judicial, la piedra con la CRUZ, el número CUATRO y letra EME, que se halla en la cuenca del Arroyo Viejo, es indudablemente, y según dichos signos confirman, el antiguo CUARTO MOJÓN de la dehesa de Ben-Halluz, que por olvido y á causa, tal vez, de la hondonada en que se halla no se mencionó en el apeo practicado el año de 1690...*

Al llegar aquí solté la carcajada y los papelotes forenses, calculando que un aficionado á escribir máximas podía apuntar en su libro que *en mil ocasiones el cazador con los ojos abiertos, y la justicia con los ojos vendados, no suelen ver más allá de sus narices.*

De lo expuesto se infiere que si el cazador fué yo, el pescador fué otro.

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina Sidonia, 15 de julio de 1883 años.







## UN PAPAGAYO

(HISTORIA VERDADERA)



OR los años de mil ochocientos cuarenta y tantos vivían en una modesta casa de la calle de Francos, de Sevilla, frontera á la sombrerería de Calvo, dos muchachas graciosas y discretas que ganaban honradamente su vida trabajando en costura.

Eran conocidas por *las Papagayas*. Semejante apodo provenía de que entre las macetas y canarios del balcón se hallaba un papagayo, de tal lengua y tal entendimiento, que era una maravilla en su género. Pronunciaba admirablemente las palabras *¡qué rico!*, *¡qué risa!*, *Rosita*,

*Ricardo, Rosario, ¡cobarde!, ¡fea!, ¡valiente!, ¡rabia, no te quiero!,* y otras por el estilo. Era el pájaro el encanto de los vecinos, y en particular de los oficiales de la sombrerería de enfrente.

Aun cuando la advertencia sea tonta, debemos declarar que al buen loro le pasaba lo que á los jugadores de monte ó de ruleta; es decir, que acertaba ó no acertaba. Al pasar un pobre ciego ó un agudor, por ejemplo, les espetaba un *¡qué bonita eres!*, y al ver á dama elegante, en vez de piropo, solía soltar una grosera voz ó palabrota que no venía á pelo. Y el público, sin embargo, aplaudía al loro, lo mismo en sus aciertos que en sus disparates. Y lo más estupendo del caso es que no solamente las mujeres, sino los mismos hombres, parecían estimar los requiebros del loro, y ofenderse ó no agradecerle las desvergüenzas que espetaba. ¡Tal es la debilidad humana!

\* \* \*

El coronel Rutz, que llevaba seis ú ocho meses de guarnición en Sevilla, era

militar bizarro y cumplido caballero. Se había portado noblemente en la primera guerra carlista, ganando todos los ascensos con la punta de su espada, por cuya razón ostentaba en el pecho la cruz laureada de San Fernando. Su esposa Doña Rosario, malagueña arrogante moza, escuchó, al atravesar la calle de Francos, cierta voz chillona, que repetía: *¡Rosario, Rosario!*; y al volver instintivamente la cara, le agregan: *¡fea, fea!*

La dama se puso roja como la grana. Una pobre mujer del pueblo trató de serenarla, diciendo: «Señora, no haga usted caso, que usted es muy guapa, y quien habla es ese maldito loro, que según las cosas que dice debe tener los mismísimos demonios metidos en el cuerpo.»

Cuando la coronela llegó á su casa, llena de irritación y enojo, y refirió la aventura al marido, éste soltó una carcajada diciendo en seguida: «Mujer, no seas estúpida; ni los loros saben lo que dicen, ni tú tienes nada de fea; ríete de la ocurrencia como yo me río.»

Al poco tiempo pasó el coronel Ruz por la consabida calle, y al sonar las

voces de ¡*melitar, melitar!*, recordó el suceso de su consorte; y echando una mirada despreciativa al balcón de *las Papagayas*, se sonrió siguiendo su camino adelante. A los pocos días llegó intencionadamente al mismo sitio, y entonces, entre otros graznidos y palabras, resonaban con la mayor claridad las de ¡*melitar... cobarde... cobarde... cobardeee!*

Y aquel hombre, que no temía ni á los hombres, ni á las balas, ni á los grandes peligros, se estremeció y palideció. Su razón y su serenidad le hicieron comprender en el acto que mostrar enojo y sacar la espada para un loro, sería aventura casi igual á la de Don Quijote con el retablo de Maese Pedro. Cuando el coronel relató á su esposa lo ocurrido, ésta rompió á reir diciendo: «Hombre, no seas estúpido; ni los loros saben lo que dicen, ni tú tienes nada de cobarde; rfete de la ocurrencia como yo me río.»

Tomada esta venganza, ó sea devuelto el botonazo, acordó el matrimonio dar los pasos convenientes para salir de Sevilla. Fuera ridiculez comprar y matar el loro, abstenerse de transitar por la calle

de Francos, ó tratar del asunto con el capitán general. Todos estos caminos eran á cual peores, y todos iban derechos al campo de lo ridículo. « Nada — decía Doña Rosario, — te vas de seguida á Madrid, le pides á D. Ramón Narváez, que tanto te aprecia, que nos destine á otra capital y de seguro nos complace.»

«Pero mujer...» — dijo Ruíz.

«Hijo mío, no hay pero que valga. Si tú no quieres salir de aquí, yo me marchó á Málaga con mi madre mientras dure el destino. Lo que soy yo, te juro que no aguanto al loro.»

Y como según advirtió Sancho Panza, «cuando las mujeres toman la mano á persuadir una cosa no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba como ellas aprietan á que se haga lo que quieren,» el coronel tomó el camino de la corte.

\* \* \*

Narváez, que ciertamente estimaba mucho á Ruíz por su honradez, valor y buenas prendas, lo recibió en el acto por sospechar que tan rápido viaje lo motivaba

algún suceso militar que no convenía tratar por escrito.

Cuando el Duque de Valencia oyó al coronel referir con la mayor sinceridad y buena fe toda la relación del loro, se quedó pasmado y atónito. Miró de hito en hito á su interlocutor, y sin contener la risa contestó: «Hombre, no sea usted estúpido: ni los loros saben lo que dicen, ni usted tiene nada de cobarde; ríase usted de la ocurrencia como yo me río.»

«Todo eso es verdad y está muy bien, mi general; pero es el caso que yo no me atrevo... que yo no quiero... volver á Sevilla...»

«¡¡¡Caracoles!!! —dijo el irascible y violento Narváez, dando un puñetazo sobre la mesa, —usía irá donde yo le ordene, y si me desobedece... lo mandaré á un castillo, ó le quitaré la casaca, ó lo fusilaré por la espalda... ¡Pues no faltaba más! Y si no merece usía tanto castigo como militar bizarro, sí lo merece como hombre tonto. ¡Digo!... ¡hacer caso y tomar á pechos las voces de un loro!»

El coronel aguantó inmóvil la rociada. Y Narváez, conociendo que se había exce-

dido, y que procuraba templar siempre los arrebatos de su carácter con francas y caballerosas satisfacciones, se apresuró á manifestar: «Perdone usted, amigo Ruíz, son cosas de mi genialidad; no volverá usted á Sevilla... ¿en qué punto desea usted servir?»

«En el que vuecencia disponga, mi general.»

«Está bien; irá usted á Zaragoza. Aquella Administración militar está endiablada; quiero que usted dé ejemplo con su regimiento para ver si entran en cintura varios asentistas y proveedores... Además, en Zaragoza, que no es puerto de mar, deben escasear los papagayos,» —añadió Narvéez sonriendo mientras estrechaba afectuosamente la mano del coronel.

\* \* \*

Entre los jefes y oficiales de la guarnición de Sevilla cayó como una bomba la repentina marcha de Ruíz. Semejante suceso no tenía explicación lógica. Los curiosos se devanaban los sesos por hallar la clave del enigma. El coronel manifestó,

en carta, á uno de sus compañeros, que el traslado obedecía á la falta de salud de su esposa. Semejante argumento fué calificado por unanimidad de razón de pie de banco.

El café del *Recreo*, de Sevilla, se hallaba por aquellos tiempos en la plaza del Duque, esquina á la calle de las Armas, ó sea en la casa que hoy ocupa mi excelente amigo el señor Duque de T'Serclaes. Allí concurría un grupo de militares, de los que era caporal el capitán Orellana. Hubiera sido éste hábil jefe de policía ó buen juez instructor, según lo perito que era en descubrir el origen de los acontecimientos más embrollados y misteriosos.

Llega una tarde el capitán falto de aliento, casi sin poder hablar y en voz entrecortada manifiesta que ya se conoce el motivo del traslado de Rufz.

« ¡ Diga usted... diga usted!... » — exclamaron los oyentes.

« Allá voy; descansaré un poco. He venido á escape desde el cuartel... Juan—dijo al mozo,—café, copa y puro.»

Servida que le fué su demanda, soltó la voz á semejantes razones: « Ustedes saben,

como yo y como todo el mundo, lo tirante que ha sido siempre Ruíz con los asentistas. Diariamente pesaba el pan, y el tocino, y el arroz, y los garbanzos, y el queso, y en fin, todo. Como es honrado á carta cabal, y además rico por su casa, no parte peras con nadie. O se cumplen las contratas al pie de la letra, ó su multa y á la calle. Aquí les apretó el corpiño á los proveedores, y ellos, como gente de dinero, mandaron comisarios á Madrid, han gastado seis ú ocho mil duros en la corte, y Ruíz ha ido á quitarse las moscas á Zaragoza. Y todo esto, que lo sé de buena tinta, es la purísima verdad.»

Discutido, y después de algunas ligeras observaciones, se aprobó y creyó por unanimidad el informe de Orellana, mientras que éste, con gran delectación y contento, saboreaba su café, su copa y su puro.

## EPILOGO

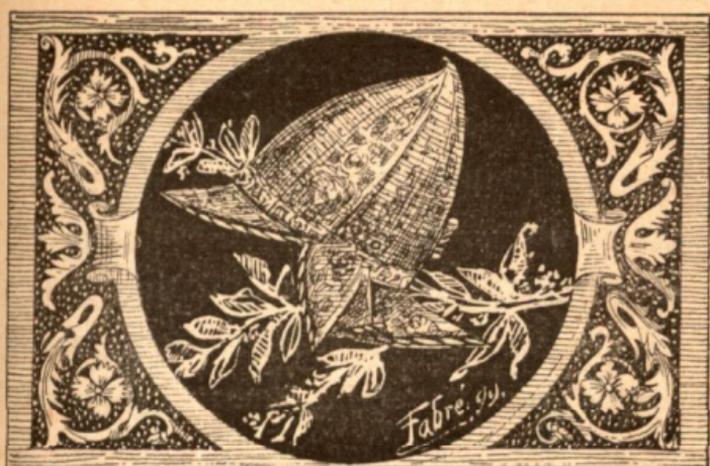
Poco, muy poco, extremadamente poco, fué el acierto del capitán. Ni los apoderados de los asentistas se movieron de Sevi-

lla, ni repartieron miles duros en Madrid. El regalo dedicado á Perico Sánchez, oficial de la sombrerería de Calvo, por sus ensayos de ventrílocuo simulando que charlaba el loro de la casa frontera, fué tan sólo de una botella de aguardiente de Cazalla.

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina Sidonia; diciembre de 1898 años.





## SOPAS DE AJO

(1891)

Á D. JUAN NAVARRO-REVERTER



DEBE hacer veinticinco ó treinta años que asistí á una montería en el término de Hornachuelos, provincia de Córdoba.

Parábamos en la hermosa finca *La Mezquitilla*, perteneciente hoy al excelente amigo Sebastián Rejano.

Era el anfitrión D. Cristóbal de Pina, hombre anciano, rico, alegre, gran cazador y muy relacionado con magnates y hombres políticos de la corte. De los ocho

convidados, cuatro pertenecían á los que dejan su nombre en la historia, y los restantes, entre los cuales me cuento, no pasábamos de granujas ó soldados rasos.

La comida era siempre abundante y sabrosa, pero sin refinamientos gastronómicos. Huevos fritos, migas y chocolate para almorzar; sopa, buena olla y dos principios para comer; vinos de Jerez y de Montilla, *cognac*, café, cigarros habanos en abundancia, camas limpiísimas y criados diligentes, completaban el alojamiento de D. Cristóbal.

Como la categoría de los cazadores no se mide por sus títulos y honores mundanos, sino por su pericia, nadie le disputaba la cabecera á Curro *Perdigones*; seguíale un General, Grande de España; luego otro señor de color bilioso, y bajo de cuerpo, á quien el anfitrión llamaba Juanito; después yo, y luego los cuatro compañeros restantes.

En el primer ojeo, la misma tarde de la llegada á la finca, se cobraron seis piezas mayores. Al regresar á la casa traíamos barruntos de hambre, y se nos alegró el paladar con el rico olor y vaho

de una hermosa sartén de *sopas de ajo*. Estaban riquísimas. Todos repetimos y las celebramos, menos Juanito, que no permitió ni aun probarlas, por más elogios que del plato se le hicieron y por más instancias con que lo afligió el bueno de Don Cristóbal.

— ¡Vaya por Dios!... — exclamaba éste con verdadera pena. — Si hubiera sabido que no te gustaban, no se hubiesen puesto. ¡Quién diría que un mozo de tu temple no come *sopas de ajo*! ¡En fin, vivir para ver!

— No se apure Vm., D. Cristóbal: tomaré de otra cosa; no me moriré de hambre. Ya contaré el justificado motivo de mi aborrecimiento á las sopas.

Se comió, se charló y se comentaron, con la minuciosidad propia de cazadores, los lances de aquella tarde. Cuando tomábamos el café, curioso yo del asunto de las sopas, del que quizá nadie se acordaba, me atreví á decir:

— Si no es tema reservado, ¿querrá contarnos Juanito la causa de su aversión al primer plato de nuestra comida?

Mi vecino de mesa me dió un rodillazo

de los que anuncian que se ha cometido alguna inoportunidad. No pude comprender cuál fuese; y al mismo tiempo que me tranquilizaba con sus ojos, Juanito, en medio del mayor silencio, y haciéndome un saludo ó signo afirmativo con la cabeza, dijo lo que sigue:

—Tendría yo unos diez y ocho años cuando salí á cazar en el término de la Musará. Había matado un par de perdices, y me hallaba loco de placer. Fatigado y hambriento, después de cinco horas de ejercicio, divisé una masía y me encaminé á ella para descansar. Cuando llegué, se hallaban apurando la sartén de sopas de ajo un hombre como de cincuenta años, acompañado de su mujer é hijo.

Después de los mutuos saludos, dijo el hombre:

—¿Quiere comer el señorito?

El buen tufo del manjar, que en aquella ocasión me olió á gloria, duplicó mi hambre.

—Sí, señor—respondí;—quiero comer y pagar unas sopas como esas que se hallan ustedes agotando.

—Esto no es posada ni bodegón — contestó el hombre con rusticidad catalana; — aquí comerá, pero sin pagar.

—Muchas gracias — repliqué.

La mujer y el hijo se marcharon á la Musará. El hombre limpió la sartén, arregló el fuego y comenzó á migar pan.

—¿Habrá suficiente? — me preguntó.

—Eche Vm. más.

Siguió mi hombre migando, y dijo:

—¿Bastará ya?

—Ponga Vm. un poco más.

—Pero... ¿va el señorito á comer tanta sopa?...

—Sí, señor, y doble; Vm. no sabe el hambre que yo traigo.

—Bien, bien; no hablo por miseria, sino para que no sobren y haya que tirarlas.

—Descuide Vm., que no sobrarán.

Mientras se preparaba el banquete, me refirió el Tío Jaime algo de su vida y milagros: había andado al contrabando en sus mocedades, y por heridas ó muerte, ó cosa semejante, fué huésped del presidio de Ceuta. En fin, el tal Jaime, según revelaba en su conversación con orgullosa ingenuidad, era una buena prenda.

Cuando ví la mesa con un jarro de vino del Priorato, medio queso y la sartén rebosando de olorosa y humeante sopa, me entregué en ella con el mismo gusto que Sancho Panza en aquel salpicón y aquellas manos de ternera que, si mal no recuerdo, le sirvieron en la ínsula.

Consumida la cuarta parte de la sartén, quedé satisfecho.

—¿Qué es eso — dijo el Tío Jaime, — no le saben bien?...

—Están muy ricas, pero no tengo más gana.

—Pues yo no he migado dos veces pan contra mi voluntad para que las sopas se tiren: el señorito me obligó á migar y yo le obligo á comer.

Y cogiendo mi escopeta, que dejé en la puerta de la masía, me apuntaba á cuatro pasos de distancia.

Seguí comiendo, pero á las pocas cucharadas me fué imposible continuar.

—Tío Jaime, no puedo más...

—Pues de rodillas, y encomiéndose á Dios si es cristiano... Pero, en fin — añadió, — voy á tener misericordia... Dos cucharadas solamente... y quedamos en paz.

Tragué, sabe Dios cómo, aquellas dos terribles cucharadas que me indultaban de la muerte, y en seguida el Tío Jaime me advirtió, con toda la dulzura posible en un rústico catalán, lo que sigue:

—Creo que el señorito no olvidará que el pan crece mucho en las sopas; pero el consejo que yo deseo fijar en su memoria, y por cuyo motivo le he amenazado, es el de que nunca abandone la escopeta en las puertas de casas desconocidas. Tome su arma y pregunte en la Musará por el Tío Jaime Montagut. Deseo quedar amigo del señorito, y que sepa por otros que ni soy mal hombre ni he sido presidiario.

Mohino y cariacontecido me despedí del Tío Jaime, del cual supe en la Musará que era hombre bondadoso, excelente é incapaz de matar ni á una paloma. Quiso, y consiguió el muy taimado, que yo lo considerase un perverso para mejor intimidarme con su estupenda broma.

Vean ustedes por qué aborrezco las *sopas de ajo*, por qué sé que el pan empleado en ellas crece mucho, y por qué no abandono las armas cuando me hallo entre gentes desconocidas.

.....

Con esto terminó el cuento de Juanito. Luego se refirieron otros varios de más ó menos subido color, hasta que Don Cristóbal dijo:

—Señores, cada mochuelo á su olivo, que hay que madrugar.

.....

Al separarnos de la mesa, mi vecino (el del rodillazo) me dijo que su aviso era por *Juanito*; que el dueño de la casa, Don Cristóbal, no estaba muy en los trotes de la finura; que debió haberme presentado, porque...

—Pero... ¿quién es *Juanito*?

—¡Hombre!... ¡Don Juan Prim!... ¡El Conde de Reus!...

Sorprendido yo con semejante revelación, me dirigí á él rogándole que me excusase y perdonase.

—¿Perdón de qué?... — dijo el general.

—Señor Conde, de la familiaridad con que he tratado á Vm.; de llamarle *Juanito* en vez de *Conde* ó *General*.

—Pues perdonado; pero con su penitencia.

—Márquela Vm., señor Conde, y se cumplirá con exactitud militar.

Y echándome su brazo por la cintura y apretando cariñosamente, añadió:

—Pues la penitencia es que siempre me digas *Juanito* y que siempre me hables de tú por tú.

. . . . .  
Después de aquellos días de caza no se presentó ocasión de seguir cumpliendo el pacto, porque nunca más volví á ver al desventurado y valiente General. Transcurridos muchos años (en el pasado de 1890) estuve otra vez en *La Mezquitilla*, donde el generoso Sebastián Rejano obsequia y agasaja tan espléndidamente á sus amigos, y recordé allí sobre el terreno el origen de mi conocimiento y relaciones con el célebre Marqués de los Castillejos, que fué de la manera y con las circunstancias que acabo de contar.

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Lisboa.







## UNA ALCALDADA

(1893)

Á D. FEDERICO JOLY Y DIÉGUEZ

Mi excelente y querido amigo:



UY honrosa y satisfactoria para mí es la carta en que Vm. solicita que escriba cuatro renglones referentes á algún recuerdo ó episodio de mi vida, relacionado nada menos que con **||SUCESOS PÚBLICOS||**

Y marco las dichas palabras con mayúsculas y cuatro signos admirativos, porque su demanda de Vm. equivale á pedir — pongo por ejemplo — que trate de na-

vegaciones quien jamás se ha embarcado, ó de toros quien no ha visto siquiera una corrida, ó de óperas quien no conoce más música que la música celestial.

Sepa Vm. que yo no pertenezco á ningún bando político, ni me he mezclado en asuntos electorales, ni he presenciado sesiones del Parlamento, ni he servido cargos ó destinos públicos, ni fuí miliciano, ni soy jurado, ni aun siquiera elector (que mi dinero me cuesta el no serlo). Y por esta causa, por esta antipatía que me produce cuanto se relaciona con la *res pública*, me admira y espanta que haya hombres dispuestos á gastar su tiempo, su salud, sus doblones y su paciencia en llegar á diputados vulgares y del montón, de esos cuyo paso por el Congreso sólo contribuye al destrozo de alfombras; que ni hablan ni parlan, ni pinchan ni cortan; y que, esclavos de todo bicho viviente, son por una parte súbditos de los Ministros y caciques, y por otra de los electores que piden cruces, empleos, honores, ascensos, pensiones y hasta bula para comer de carne en Viernes Santo.

Todo esto me aturde y horripila de un

modo tal, que no acierto á explicarlo. Es indudable que como en los gustos hay tanta diversidad, los políticos no aficionados á la caza, deben á su vez espantarse y maravillarse de los que corremos perdices en los llanos de la Mancha con el sol de julio, ó matamos lobos en las vertientes del Pirineo en épocas de nieve y fortuna. En fin, haya libertad para todos, y busque cada cual sus placeres donde los encuentre.

\* \* \*

Sentados estos precedentes, figúrese Vm., amigo mío, cuál sería mi sorpresa cuando á las ocho de la mañana del 7 de enero de 1874, recibo un aviso de parte del señor Delegado del Gobernador militar y civil de la provincia de Cádiz, para que inmediatamente me presentara en las Casas Consistoriales de esta ciudad de Medina Sidonia.

Creendo que sería equivocación, contesté que me hallaba enfermo y que me era imposible acudir á la cita.

A la media hora llega otro recado para

que cumpliese en el acto lo que la Autoridad ordenaba, y repetí la anterior respuesta.

Al poco tiempo viene á mis manos la siguiente comunicación :

« Sírvase V. S. presentarse inmediatamente en estas Casas Consistoriales para darle conocimiento de una comunicación urgente del Excmo. Señor Gobernador militar y civil de la provincia de Cádiz. Sirva esta orden de *tercer aviso*, sintiendo muy mucho el tener que proceder á lo que haya lugar, conforme á las instrucciones que tengo de dicha superior Autoridad, para el caso de no presentarse V. S. *inmediatamente*.—Medina Sidonia 7 enero 1874, á las *once menos cuarto* de la mañana.—El Delegado del Excmo. Señor Gobernador militar y civil de la provincia de Cádiz, *Francisco González de la Mota*. »

Continué haciéndome el sordo á este papel y á la comisión de amigos y vecinos que me suplicaba la asistencia y aceptación de la ||ALCALDÍA||, pintán-

dome con unos colores más espantosos que los del infierno los males y perjuicios, tanto personales como públicos, que podrían irrogarse con mi conducta y desobediencia.

Contesté que yo carecía de las dotes necesarias para ser Autoridad, y que existiendo personas que ambicionarían el cargo con aptitud para desempeñarlo, á ellas debiera recurrirse, por ser harto conocido el refrán de que *Alcalde de aldea, el que lo desee ese lo sea.*

Juzgábame ya fuera de peligro y de compromiso, pero eché mis cuentas sin la huéspedea, ó sea la benemérita Guardia Civil. Presentóse en mi casa el joven y bizarro capitán D. Melquiades Almagro, hoy general y excelente amigo mío desde este suceso, y fueron tales sus razonamientos, su habilidad, su finura, su elocuencia y su tacto, que logró persuadirme á que asistiese á la cita.

—Conforme—dije yo;—vamos adonde Vm. mande; pero con una condición.

—Con todas las que Vm. quiera—respondió gozoso Almagro, temiendo espantar al pájaro que ya estaba en la red.

— ¿Palabra de caballero?

— ¡Palabra de honor! — replicó el Capitán, muy serio, colocando su mano derecha en el pomo de la espada.

— Pues bien: he de ir amarrado codo con codo, asistido de los guardias que Vm. trae, y por las calles que yo señale.

— ¡Pero como ni Vm. pretende fugarse ni aquí tenemos cuerdas!... — balbució mi interlocutor un tanto desconcertado por mis extemporáneas exigencias.

— No importa: yo las tengo. Manuel— dije á mi criado, — trae un cordel al momento... Muy bueno que es: átame los brazos atrás...; aprieta un poco...; basta ya... Señor de Almagro, estoy listo y cuando Vm. lo ordene vamos andando.

Y nos pusimos en marcha por las calles más principales de la población, hasta llegar al Ayuntamiento.

\* \* \*

Conozco que demasiada paciencia y prudencia tuvieron aquellas dignísimas personas á quienes hice esperar cuatro horas mortales.

El salón municipal de Medina Sidonia, amplio y de bellas proporciones, está adornado con sobriedad y buen gusto. Hallábanse allí los nuevos y antiguos regidores, varios militares, el Delegado del Gobernador y muchas personas atraídas por la curiosidad.

El secretario leyó y me entregó la orden, en la cual se me nombraba Alcalde primero de Medina Sidonia.

Pasé al hermoso sillón presidencial, forrado de terciopelo rojo con bordados de oro, y una vez allí me consideré como el ratón que ha caído en trampa de la cual no le es posible salir por medio de la fuerza. Me hallaba irritado conmigo mismo: quejoso de mi propia debilidad, avergonzado de mi falta de entereza, y de no haber preferido la pena de la desobediencia, aun cuando ésta fuese la de muerte, á la investidura de Alcalde, más horrible y espantosa á mis ojos que la mismísima túnica de Dejanira. Jamás he pasado momentos de mayor aflicción, angustia, congoja y martirio.

Le pedía con toda el alma á la Virgen Santísima de la Paz que me iluminase y

socorriese en aquella tribulación. Y la Virgen me iluminó y socorrió. Casual ó providencialmente había recibido el día anterior discreta epístola de mi antiguo amigo el gran Frederick Lemaitre. Con este recuerdo vi el cielo abierto. Tendí la vista por el auditorio y calculé que no pasarían de tres ó cuatro las personas que tuvieran noticia de quiénes eran *Garrick* y *Lemaitre*. Entonces con toda calma y en medio de un silencio sepulcral, solté la voz á éstas ó parecidas razones:

Señores: Ante todo ruego que se me perdone la tardanza con que he acudido al llamamiento del señor Gobernador. Confieso que he defraudado las reglas más vulgares de la educación y de la cortesía, y espero que la culpa se achaque á falta de salud y no á falta de voluntad. Ustedes deben sospechar sin que yo lo jure, y yo lo juraría con la mano puesta en los Santos Evangelios, que no he pretendido el alto, honroso, distinguido y conspicuo cargo de primer Alcalde de esta nobilísima ciudad de Medina Sidonia, con el cual me sorprende la benevolencia, más bien que la justicia, del señor

Gobernador de la provincia... (*Muestras de aprobación en el público*). Deploro, señores, que mi escasez de salud y de conocimientos administrativos me impidan servir dignamente la alcaldía. Quisiera poseer en este momento las prodigiosas facultades de Garrick ó de Lemaitre para *representaros* con evidente realidad..., para *representaros*..., para *re... pre... sen... taros*...

. . . . .

En este momento (histórico á carta cabal) un síncope cortó la perorata. Por dicha causa, si mi entrada en el concejo fué con el auxilio de la fuerza armada, la salida se verificó con el amparo de los amigos que me transportaron, casi moribundo, á una casa vecina. Cuando yo los escuchaba discurrir y proponer, llenos de pena y de amargura, los auxilios espirituales y temporales que debían suministrarme, les dije: — « Calma, señores, que no ha llegado mi última hora: venga una copa de Jerez y recado para escribir, que son las únicas medicinas que necesito. » — Jamás olvidaré, ni las hubieran olvidado Máiquez ó Talma, las caras de estupor,

asombro y alegría, que al escucharme pusieron cuantas personas me rodeaban. Hubo vítores, aplausos y hasta deseos de coronarme. Rechacé semejante idea, y dije que me daría por muy servido si no echaban en saco roto estos versos de nuestro gran poeta:

. . . . . *Entre lo hecho  
Y los ojos del mundo, haya una venda  
Tendida; la verdad en nuestro pecho  
Quede, y jamás el mundo la comprenda.*

Y así fué, pues me llevaron á mi casa en silla de manos, y en el pueblo se afirmaba que era llegado mi fin y acabamiento con el tósigo de la alcaldía.

\* \* \*

Tuve yo muy buenas relaciones de amistad cinegética con el Duque de la Torre, adquiridas por mi asistencia á sus cacerías en Sierra Morena y en Arjonilla. Recordé que el Duque era entonces el tuáutem del Gobierno de la nación; y aun cuando soy enemigo de pedir favores, lo peliagudo del caso me hizo enviarle

amplio telegrama con ruego de que me salvase del gran aprieto en que me hallaba. El excelente Duque (Dios se lo pague y aumente de gloria) estuvo tan fino y eficaz en complacerme, que antes de las veinticuatro horas recibí del Gobernador de Cádiz un oficio relevándome del cargo de Alcalde, en vista del mal estado de mi salud, y previniendo que entregase la *jurisdicción* á D. Fernando de Pareja.

No me ocupé de semejante entrega, y sospecho que viéndose abandonada y sola aquella *jurisdicción* á quien dejé virgen, ella misma se entregaría de buen talante y con la mejor voluntad al primero que le alargase la mano.

Tal fué el felice fin y remate de mi fatigada aventura, en las pocas horas que, sin empuñar el bastón, tuve la honrosa pero tremenda desgracia, de ser autoridad nominal de Medina Sidonia. Yo no sé si hubo abuso de autoridad al tomar la carátula desde el rojo sillón consistorial, ni si fué realmente *alcaldada* la mía; pero sí sé que, fuéralo ó no, toda esta retahila á nadie importa ni interesa. Car-

gue Vm., pues, con la culpa, ya que la buena amistad de Vm. es la que hace pecar de inoportuno á su afectísimo servidor, q. l. b. l. m.,

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina Sidonia.





## TRES MILÉSIMAS DE CUENTO

(1892)

Á D. ISIDORO FERNÁNDEZ FLÓREZ

Mi querido amigo:



BUENA pifia ha dado Vm. con todo su magín y su caletre, al pedir que yo escriba un cuento nada menos que para el afamado periódico *El Liberal*, donde han llamado á concurso á las mejores plumas de España y del extranjero.

Por complacer á Vm., haré gustoso el papel de la mujer fea que se coloca junto á las reales mozas, para que éstas luzcan y hagan brillar más y más sus encantos y hermosura.

Poco perderé, porque soy tan viejo que ya deben quedar pocos de mis contemporáneos. Sí, señor; sepa Vm. que estudié filosofía en latín, y que argumenté con silogismos en dicha lengua sirviéndome de texto las *Institutiones Philosophicæ* del Lugdunense. No nos aburríamos ni nos cansábamos, gracias á nuestro inolvidable maestro Fr. Antonio Rabadán, ex claustrado agustino. Hombre de finura y de mundo, buen predicador, médico, erudito, avanzado más bien que retrógrado en ideas, músico y experto cazador, era nuestro catedrático el encanto de sus discípulos.

Dos buenos cuadros al óleo tenía el Padre Rabadán en su estudio, que representaban á *San Agustín* y á *Fr. Diego González*. Este último fué su protector y maestro, y nos encomiaba tanto su mérito y valía, que todos los estudiantes creíamos de buena fe que el *P. González* era más poeta que Homero y más sabio que Raimundo Lulio.

Uno de los entretenimientos de mi venerado preceptor, nos decía el P. Rabadán, era el de hacer vacilar á las gentes

más sensatas con respecto al *criterio de la verdad*. Referiré algunos casos, de que yo he sido testigo, para que ustedes formen idea de la clase de bromas á que aludo.

\* \* \*

En nuestra casa grande de Sevilla teníamos hermosa huerta, donde al lego portero se le antojó sembrar melones de una excelente semilla traída de Valencia.

Fr. Diego González aseguró que aquel terreno era impropio para melones; que la planta no nacería; que si llegaba á nacer, no produciría flor; que caso de producirla, no había de cuajar el fruto; y caso de cuajar resultaría bastardo y malo.

La comunidad opinaba lo contrario, atestiguando con el hecho de que allí mismo se cosecharon años atrás melones de superior calidad.

Tanto se habló y se trató del asunto de los melones, que Fr. Diego apostó tres pesos á favor de su opinión, y los frailes tres pesos en contra.

El convenio se puso en escritura, se firmó y lo guardó el padre Prior.

Nunca se ha cuidado planta alguna con el esmero que se cuidaron aquellos melones: abono, riego, cultivo..., nada les faltó. Nacieron con lozanía, florecieron y comenzó á apuntar el fruto con tanto gozo para la comunidad, como decaimiento y melancolía para Fr. Diego, que siempre hallaba pretexto para excusar la visita que diariamente hacían los frailes á la huerta.

—Padre Maestro — le dijo un día el lego, — ¿conque Su Paternidad no quiere contemplar los melones hasta que se hallen en la mesa del refectorio?

—Ni aun entonces he de verlos — replicó el padre Maestro. Y, ciertamente, ni los frailes ni él los vieron, porque el producto de tan lozanas cucurbitáceas fué de... ¡¡¡pepinos!!!

El P. González nunca reveló á sus compañeros que había cambiado la semilla después de hallarse en la tierra, y embromado á la comunidad, poco fuerte en botánica, haciéndole cultivar esmeradamente rastreras tan parecidas entre sí, para ojos imperitos, como la del melón y la del pepino.

El dinero de la apuesta se invirtió luego por el ganancioso en delicados melones de Sanlúcar la Mayor y en ricas sandías de Utrera.

\* \* \*

Vaya otro caso. El hermano organista del convento de San Agustín de Cádiz era un buen músico, sin tener más defecto para el trato social que una viveza, ó mejor dicho, una impaciencia extraordinaria.

Oyó hablar de ciertas cajas de música venidas de Francia, á las cuales se les daba cuerda y producían tales y cuales tocatas. Vendíanse en Madrid, y le faltó tiempo á nuestro hombre para encargar uno de dichos muebles al padre Definidor de San Felipe el Real, sujeto á quien había servido en diferentes comisiones, y del cual esperaba que le correspondiese con la mayor eficacia.

En el último tercio del siglo XVIII eran lentas y tardías las comunicaciones, y por dicho motivo transcurrieron dos meses largos en idas y venidas de cartas tocantes á elección de caja, señalamiento de

música, conducto de remisión, abono de gastos, etc., etc. Por fin, anunció el religioso madrileño que un arriero de confianza llevaría el encargo hasta Sevilla, y que desde dicha ciudad sería fácil enviarlo á Cádiz. Y efectivamente, á las dos semanas avisó el padre Provincial que la caja estaba en su poder, y que prontamente la remitiría. Mientras tanto, la impaciencia del organista crecía como la espuma. Soñaba con la caja, y le causaba entusiasmo que entre sus músicas se contasen la *jota* y la *muñeira*.

En tal estado las cosas, vino á Cádiz el P. González, que ni se hallaba enterado del asunto, ni fijó en él su atención cuando los padres se lo refirieron. Pero es el caso que aquella misma tarde, y hallándose la comunidad en quiete, llegó un donado avisando al padre Prior que en la portería se encontraba un bulto traído de Sevilla para el P. Cayetano. Este se levantó de su ancho sillón de vaqueta como empujado por una corriente eléctrica, y previo el *licet* de Su Reverencia y con gran júbilo de la comunidad, apareció un sólido cajón con este rótulo:



ANDALUCÍA BAXA—REYNO DE SEVILLA

*A mi R. P. Fr. Cayetano de la Merced  
Pineda*

*Organista en la Casa de  
N. G. P. San Agustín, guarde Dios m.<sup>s</sup> a.<sup>s</sup>*

CÁDIZ

—¡Gracias á Dios!... ¡Te Deum laudamus!... ¡Por fin llegó!.. — fueron las exclamaciones del P. Cayetano y de todos los frailes.

Ni con el martillo, ni con el machete que trajo el cocinero pudo abrirse la caja, que venía fuertemente atornillada. Por fin, á fuerza de fuerza, y después de grandes trabajos y sudores, saltó en astillas la tapa.

¡Qué bien arreglado venía todo! Algunas virutas finas y debajo algunos cuadernos que decían: *Sonate I... Sonate II... Sonate III...*

—¡Bueno, bien..., la música!... —exclamaba convulso el P. Cayetano, arrojando con desprecio los papeles al suelo.

Sale, por último, una caja de cartón

atada en cruz con bramante. Rómpelo de un tirón Fr. Cayetano, y se escucha un sonido dulce, metálico y armonioso.

—¡Cuidado, padre, cuidado!...—exclamó la comunidad.

—Hermano — dijo el Prior, — tenga calma y paciencia y no sea tan súbito...

—Padre mío, perdón — replicaba el Padre Cayetano quitando el papel de seda que envolvía la caja musical.

Era una pieza magnífica. Su parte exterior cilíndrica, de media vara de altura y forrada de cobre, parecía oro bruñido. Ostentaba elegante marbete azul y plata con las armas reales de Francia, y la letra de:

PARIS

CH. BADINAGE

FOURNISSEUR DU ROY

—¡Qué cosa tan bella! ¡Qué labor tan pulida!...—repetía el P. Cayetano, mientras miraba y remiraba, y volvía y revolvía cuidadosa y delicadamente entre sus manos la brillante joya.

Los frailes, con todos los legos, donados, novicios y motilones del convento,

que se hallaban suspensos y boquiabiertos, formaban un coro de elogios y alabanzas.

—¿Pero dónde se halla el registro?— decía el organista.

—Veamos.

Y cogiendo el mueble por su asa superior, y tirando con la mayor suavidad de los algodones que asomaban por abajo, se produjo el sonido... |||pero qué sonido!!!... El sonido del mejor cencerro zumbón que se haya labrado en el mundo. Aun viéndolo, y oyéndolo y palpándolo, dudaban los agustinos que fuese *legítimo cencerro* aquel que veían con los ojos, escuchaban con los oídos y palpaban con las manos. Su alucinación era semejante ó mayor que la de Don Quijote con el yelmo de Mambrino.

Unos frailes reventaban de risa y otros de enojo, mientras el P. González dormitaba en su sillón, ajeno, al parecer, á cuanto ocurría á su alrededor. La broma tuvo gran resonancia en Cádiz, y por varios años se recibieron anónimos en San Agustín, avisando que en tal ó cual parte vendían *cajas de música*. Los frailes acha-

caban la zumba á los dominicos, y nunca les pasó por las mientes sospechar del Padre González.

\* \* \*

Una tarde, cuando ya estaba olvidado el ruidoso asunto del cencerro, entró nuestro padre Maestro en la celda vecina de su amigo Fr. Vicente de Jesús, para pedirle medio pliego de papel.

—Un cuadernillo entero y superior voy á darle á Su Reverencia.

Tiró Fr. Vicente de la gaveta, y al abrirla, clavada en ella la vista, palideció, cruzó las manos, y mirando al cielo, dijo:

—¡Válgame nuestro gran Padre San Agustín!

—¿Qué le ocurre, hermano? ¿Qué le pasa? ¿Qué le sorprende?

—Ocurre,—balbució Fr. Vicente,—ocurre..., ocurre...—repitió limpiándose el sudor que cubría su rostro,—que esta carta que hallo en la gaveta (dirigida á mi madre), que esta misma carta que está Su Reverencia viendo, con el borrón que le cayó al tiempo de ponerle el sobres-

crito..., la eché anoche yo mismo..., ¡yo, por mi propia mano, en el correo!...

—Pues padre, no la echaría cuando la tiene delante.

—Pero si la eché..., si estoy seguro..., si tengo evidencia...

—Aclaremos el asunto, P. Vicente; no se ofusque; la memoria es flaca. ¿Qué le decía á su madre?

—Pues muy sencillo; tener aplicadas las tres misas que me encargó, y recibido el chocolate que le pedí.

—Abra ahora la epístola, y veremos si está conforme con lo que Su Paternidad acaba de manifestar.

Levanta Fr. Vicente la oblea, repasa la misiva y exclama:

—Ó yo soy tonto, ó es cosa del diablo, ó esto es soñar.

En aquella epístola de su puño y letra, decía el religioso, bajo su firma, *que ni podía aplicar las misas hasta dentro de un mes, ni había llegado el chocolate!!!*

—Padre Maestro: explíqueme Vuestra Reverencia lo que ha pasado, si es que lo sabe, porque yo me vuelvo loco. Creo haber dicho las misas; y en cuanto al

chocolate, véalo Vuestra Reverencia,— dijo levantándose y abriendo la alacena donde se hallaba.

— Todo es muy cierto, P. Vicente; y muy cierto también que yo no he hecho más que imitar su letra para darle esta broma, con la cual aprenderá á poner á buen recaudo cuantas cartas escriba, y á no dejarlas abiertas sobre el bufete.

Y el P. Vicente, mirando y remirando la epístola, decía:

— *¡Con la mano sobre los Santos Evangelios hubiera yo jurado que esta misiva era de mi puño y letra!*

\* \* \*

Gracias á dichos cuentos y á otros muchos que tengo olvidados, y gracias á las lecciones de música, esgrima, tiro al blanco, chaquete, cientos, billar, etc., etc., que nos daba el mismo Padre, aguantábamos nosotros los entimemas y epiqueremas del Lugdunense, para demostrar la causa de los olores, ó para inquirir si la luz y el fuego se hallaban formados de la misma materia.

Al fallecimiento de Fr. Antonio Rabadán, adquirí su cuadro de *San Agustín*, que es un buen lienzo de la escuela de Zurbarán. Dicha pintura me hace recordar diariamente á mi venerado maestro, y también me lo trae á la memoria el regalo que me hizo del borrador autógrafo de la célebre composición *El murciélago alevoso*, dirigida á *Mirta*, ó sea la bella y discreta gaditana Doña María del Carmen González Llorente, por Fr. Diego González.

—Repara — me decía el P. Rabadán mostrando el manuscrito que consideraba cual preciosa reliquia, — repara cuántas enmiendas y tachaduras...; pero advierte que no hay una siquiera en estas dos estrofas, que son de lo mejor que tenemos de la musa castellana. Y el Padre, que era un gran lector, repetía con fruición, entusiasmo y deleite los conocidos versos que dicen:

. . . . .  
 Y todos bien armados  
 De piedras, de navajas, de agujones,  
 De clavos, de punzones,  
 De palos por los cabos afilados

(De diversión y fiesta ya rendidos),

Te embistan atrevidos

Y te quiten la vida con presteza,

Consumando en el modo su fiereza.

Te puncen, y te sajen,

Te tundan, te golpeen, te martillen,

Te piquen, te acribillen,

Te dividan, te corten y te rajen,

Te desmiembren, te partan, te degüellen,

Te hiendan, te desuellen,

Te estrujen, te aporreen, te magullen,

Te deshagan, confundan y aturrullen.

. . . . .

Sirva, pues, esta buena contera de remate á mis pobres renglones, y Vm., querido *Fernanflor*, cuide para lo futuro de no pedir peras al olmo y de no aturrullar en las estaciones calurosas, ni en las frías, ni en las templadas, á su buen amigo

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Huerta de Cigarra.





## CONSULTA

Á D. CARLOS FRONTAURA

Mi querido señor y amigo:



UNCA dejo de leer las composiciones poéticas de Don Manuel del Palacio que caen en mis manos. Me encantan por lo claras, por su lenguaje correcto y castizo, y sobre todo, porque este renombrado vate lo mismo pulsa su lira con la ternura y suavidad de Garcilaso, que con la atrevida valentía de Quevedo ó Camargo de Zárate. Viene á ser un poeta, dicho sea en su elogio, que lo mismo sirve para un fregado que para un barrido.

Como en tiempos pasados tuve resabios

de cervantista, se me fueron los ojos tras el soneto *Don Quijote y Sancho Panza*, leído por el mencionado autor en el banquete con que obsequiaron en Madrid á los huéspedes extranjeros del Congreso Literario Internacional, en el mes de octubre de 1887. Sus tercetos dicen así:

. . . . .  
 ¡Huéspedes! permitid que os felicite,  
 Y si ya en vuestras tierras, hoy distantes,  
 Nos recordáis por cuerdos ó por locos,  
 Decid á quien saberlo solicite,  
 Que habéis visto en la patria de Cervantes  
 QUIJOTES Á GRANEL, Sanchos muy pocos.

Esto de la abundancia de Quijotes y de la escasez de Sanchos, como no sea galantería ó licencia poética, me parece inexacto.

Don Quijote fué siempre de apacible condición, de agradable trato y bien querido de cuantos le conocían; jamás fué ladrón ni lo pensó ser en toda su vida, y caminó por la angosta senda de la caballería, por cuyo ejercicio despreció la hacienda, pero no la honra.

Entiendo, que así como se acabaron

las brujas y los duendes, también murieron los Quijotes en el mundo. Indudablemente quedan algunos, que vienen á ser monumentos de arqueología moral. De cierto no pertenecen á su raza los autores de las *irregularidades* de Cuba, ni los desfalcadores de la caja de ingenieros, ni los farautes de pronunciamientos, ni los secuestradores, ni los que medran con la política, ni los que cambian sus opiniones por un destino, ni los que se enriquecen administrando los bienes públicos, ni los que falsifican sellos y timbres, ni los que llevan dinero por despachar un expediente, ni los que soliviantan cigarreras, ni Lord Ailesbury, ni el general Caffarel, ni los veinte individuos privados por indignos de usar la cruz de la Legión de Honor (si es cierto lo que refieren los periódicos), ni otros infinitos caballeros de España y de varias naciones, cuyos rostros conozco y veo aunque de los nombres no me acuerdo.

En cambio, juzgo que abundan sobremanera los Panzas partidarios de Camacho, en cuyas bodas sacan calderos llenos de gansos y gallinas; que bendicen al

cielo llamando aventura de provecho á los escudos de oro de las maletas de Sierra Morena, y que prefieren libranzas de pollinos á la corona de oro de la emperatriz y á las pintadas alas de Cupido.

Debo confesar, en obsequio á la verdad, que hay dos puntos en los cuales tiene hoy Don Quijote discípulos aventajados y sectarios á porrillo. Estos puntos son los que imitan cuantos dicen y creen, con el buen Hidalgo, que su ley es su espada, sus fueros sus bríos y sus pragmáticas su voluntad, y cuantos, jactándose de cuerdos y honrados, entienden hacer buena obra desfaciendo fuerzas, acudiendo á los miserables y tirando á matar el Código penal por medio de los indultos y perdones con que favorecen á los menesterosos y opresos, porque juzgan que es duro caso hacer esclavos á los que Dios y la naturaleza hizo librés. Estos pobres criminales, repiten los actuales Quijotes, no han cometido nada contra nosotros: allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean ver-

dugos de los otros hombres no yéndoles nada en ello.

Con el abuso de tan bella doctrina dan larga cada día á unos cuantos Ginesillos de Pasamonte, que merecían arrastrar grillete por toda su vida; emplean la súplica y el favor para el malvado; la ley se tapa la cara, y en cuanto á la aflicción de la justicia y al llanto por las víctimas, allá que se aflijan y que lloren las madres que las parieron.

Esto sentado, la consulta se reduce á preguntar á Vm. si atendiendo, como debo, la opinión del señor Palacio, y aceptando las admirables calificaciones que hace en su soneto de *noble, honrado y generoso* á favor de Don Quijote, y de *falso, egotista y malstn* en pro de Sancho, podré, para mi uso particular tan sólo, decir los tercetos que antes copié, del modo siguiente:

¡Huéspedes! permitid que os felicite,  
Y si ya en vuestras tierras, hoy distantes  
Nos recordáis por cuerdos ó por locos,  
Decid á quien saberlo solicite,  
Que habéis visto en la patria de Cervantes  
LOS SANCHOS A GRANEL, Quijotes... pocos

Y como procuro no olvidar que eso que á tí te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa, recurre á Vm. en demanda de respetable fallo, su servidor y amigo, q. l. b. l. m.,

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina Sidonia, 3 de noviembre de 1887 años.





## PALLIDA MORS

(1880)

Á L. SH. COPPER, ESQ.

Mi querido amigo:



Vm. que conoce perfectamente, y mejor quizá que algunos españoles, el movimiento social, político y literario de la península, no tengo necesidad de recordarle lo mucho que en estos últimos tiempos se ha tratado, comentado, hablado y estudiado sobre el *Quijote*. Pero sí debo indicarle la sorpresa y admiración que me embargan, al notar que entre la falan-

ge de escritores, filósofos, comentaristas y poetas que ven en el Ingenioso Hidalgo un libro claro, religioso y moral, ó una obra política, obscura y racionalista, no haya venido ninguno, que yo sepa, á ponerse en lo justo y á dar sus golpes en el clavo. Tengo por seguro que los cervantistas no han hecho ni hacen más que perder el tiempo, machacando inútil y tenazmente sobre la herradura. Escuche Vm. mis argumentos, y dicte luego la sentencia que estime procedente en méritos de razón y de justicia.

Hallo tan llana, patente y sencilla la idea de que el Ingenioso Hidalgo no es más que un cuadro de dolores y de muerte, que basta repasar á la ligera la obra para convencerse de tamaña verdad. Saque Vm. su pañuelo, amigo mío, para enjugarse las lágrimas que probablemente derramará cuando le haga notar las sepulturas, cadáveres y entierros que nos reseña el famoso libro.

Los tristes y comentados *duelos y quebrantos* con que se alimentaba el buen Quijano, simbolizan desde los primeros renglones toda la filosofía que, sin nece-

sidad de recurrir al *pallida mors* de Horacio apuntado en el prólogo, se encierra en la gran novela.

Abundan en ella sobremanera las amenazas, recuerdos é indicaciones tocantes á la muerte. Juan Haldudo, el rico, estuvo á punto de ser pasado de parte á parte con la lanza de Don Quijote. D. Luis, el hijo del oidor y amante de D.<sup>a</sup> Clara de Viedma, manifestó á los criados de su padre que no lo llevarían si no era muerto. El farfantón Vicente de la Roca decía haber matado más moros que tienen Marruecos y Tánger. Sancho recuerda á su amo las lámparas que arden delante de los sepulcros de los santos; pide á Dios que al dar con la iglesia del Toboso no tope con su sepultura, y hablando de las innumerables liebres y gallinas que en las bodas de Camacho se hallaban colgadas de los árboles, advierte que eran para sepultarlas en las ollas. El dicho escudero es de opinión, que por sí ó por no, hincue y meta la espada su amo por la boca del que parece bachiller Sansón Carrasco, pues quizá matará en él alguno de sus enemigos encantadores; recuerda que Don

Alonso de Marañón, caballero del hábito de Santiago, se ahogó en la Herradura, y resuelve acertadamente el caso jurídico que le propusieron en la ínsula, relativo á morir *ahorcado en horca* el que dijese mentira al pasar la puente que dividía los dos términos de un mismo señorío. Don Quijote manifestó al carretero de los leones que si no franqueaba las jaulas de aquellos fieros animales, con la lanza le había de coser con el carro. Cerca de Barcelona hallaron caballero y escudero los racimos de cuerpos de forajidos que la justicia ahorcaba de veinte en veinte y de treinta en treinta, y poco después advirtieron que el mismo Guinart vivía inquieto y temeroso, recelando que los mismos suyos le habían de matar ó entregar á la justicia.

En la triste novela del *Curioso Impertinente*, Anselmo es víctima de su necio deseo; Lotario fenece en una batalla dada en Nápoles, y Camila acaba su vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. A Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo, lo vió Don Quijote muerto y ten-

dido de largo á largo sobre un sepulcro de mármol en la famosa cueva de Montesinos. Claudia Jerónima, celosa de Don Vicente Torrellas, le encerró más de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde, envuelta en sangre, saliese la honra de la ofuscada doncella; y el valiente Roque, echando mano á la espada, castigó á uno de sus deslenguados y atrevidos escuderos, abriéndole en dos partes la cabeza. Dos turcos borrachos del bergantín perseguido por la galera capitana en las playas de Barcelona, dispararon sus escopetas y dieron muerte á los soldados que se hallaban en las arrumbadas del buque.

A la vuelta de tan sombríos cuadros, hallamos en el entierro de Grisóstomo sus puntas y collar de poesía. El cuerpo de un joven de treinta años, de rostro hermoso y disposición gallarda, vestido de pastor, cubierto de flores, rodeado de libros y papeles, y puesto encima de unas andas, recuerda los idilios pastoriles y no hace muy verosímiles las muchas lágrimas que, según dice el texto, derramaron los circunstantes.

Notable contraste con esta aventura

forma aquella otra del caballero que murió en Baeza, y que llevaban á Segovia entre veinte encamisados. Iban todos á caballo con sus hachas encendidas en las manos, y detrás venía la litera cubierta de luto, á la cual seguían otros seis jinetes enlutados hasta los pies, y murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Nada de particular tuvo que á Don Quijote se le erizasen los cabellos de la cabeza, y que fuese naturalmente triste el desenlace del suceso, sin culpa del buen Hidalgo, pues como éste manifestó con toda lealtad y franqueza al bachiller Alonso López, «el daño estuvo de venir como veníades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente sèmejábades cosa mala y del otro mundo, y así yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoods, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos sata-nases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre.»

En la farsa dispuesta por los Duques para lograr el desencanto de Dulcinea, y

donde las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces y el temeroso ruido de los carros, formaban un son tan confuso y tan horrendo, que fué menester que Don Quijote se valiese de todo su corazón para sufrirlo; en aquella aventura, repito, recibió pesadumbre el Manchego, cuando descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte descarnada y fea, la que cubierta con ropas rozagantes hacía el papel del famoso Merlín.

Admiración, temor y miedo produjo en el Caballero de los Leones el falso cadáver de Altisidora, aunque su belleza, la almohada de brocado, la guirnalda de odoríferas flores, y el ramo de amarilla y vencedora palma, hacían parecer hermosa á la misma muerte.

Digna de un amplio, detenido y profundo estudio sería la extraña aventura del Carro de las Cortes de la Muerte. ¡Cómo se regocija el autor, haciéndola aparecer siempre por delante! La primera figura, dice, que se ofreció á los ojos de Don Quijote, fué la de la misma muerte con rostro humano, y á su lado, y á sus

pies, nada menos que un emperador y el dios Cupido. Sancho Panza advierte á su amo ser más temeridad que valentía acometer á un ejército donde está la muerte, y á quien ayudan los buenos y los malos ángeles, y gracias á tan saludable consejo, tuvo felice fin la temerosa aventura del escuadrón volante de las Cortes de la Muerte.

Parece que Cervantes no queda satisfecho con lo que pinta y dice en estos y otros capítulos de su libro. Por si no se ha explicado con claridad, ó por si algún lector no lo entiende, habla también de la muerte, como si pronunciase un sermón de novísimos. — «Todos, dice Sancho, estamos sujetos á ella, y hoy somos y mañana no, y tan presto se va el cordero como el carnero, y nadie puede prometerse en este mundo más horas de vida que las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y cuando llega á llamar á las puertas de nuestra vida, siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, según es pública voz y fama, y según nos lo dicen por esos púlpitos.» — Y un poco más adelante, añade Don Quijote:

«¿No has visto representar alguna comedia á donde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes..., y acabada la comedia, y desnudándose de los vestidos de ella, quedan todos los recitantes iguales? Pues lo mismo acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente, todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia, pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura.»

Sancho describe luego á la muerte como pudiera hacerlo un buen predicador, diciendo: — «Tiene esta señora más de poder que de melindre; no es nada asquerosa, de todo come y á todo hace; de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hincha sus alforjas. No es segador que duerme siestas, que á todas horas siega y corta así la seca como la verde hierba, y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina que nunca

se harta, y aunque no tiene barriga, da á entender que está hidrópica y sedienta de beber todas las vidas de cuantos viven como quien se bebe un jarro de agua fría.»

Opinaba Don Quijote que por la libertad así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida. Entre los consejos que dió á aquel mozo que iba á la guerra, le encarga que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir, de los cuales el peor fuera la muerte, y agrega que aun pereciendo en la primera refriega, ya de un tiro ó volado de una mina, todo era morir y acabóse la obra; pues más bien parecía el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huída.

No creo que el sueño, por asemejarse á la muerte, pierda aquellas ventajas que todos le reconocemos, y que tan galanamente explicó Sancho diciendo, «ser capa que cubre los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templá el ardor, y finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran; balanza y peso que

iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto.»

Aquel admirable capítulo consagrado á describir de un modo magistral la envidiable muerte del señor de la historia, haciéndole antes conocer los disparates y embelecocos en que había gastado la vida; aquel mismo capítulo que arranca lágrimas á los ojos, trae también sonrisa á los labios con la última arenga del buen Panza cuando dice á su moribundo amo: — «No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía.» — Las lágrimas y los suspiros del ama, de la sobrina y de Sancho al conocer que verdaderamente se moría aquel hombre de apacible condición y agradable trato, son tan naturales como el alboroto en que andaba la casa, sin impedir esto que la sobrina comiese, ni que el ama brindase, ni que Panza se regocijase. Por algo dijo Cervantes en el capítulo final de su gran libro, que:

El heredar, algo borra  
O templa en el heredero,  
La memoria de la pena  
Que es razón que deje el muerto.

Y si á la incompleta y lacrimosa reseña que dejamos consignada se agregan el significativo nombre de caballero de la *Triste Figura* dado al héroe de la leyenda; los destrozos del barco encantado y de la celada de cartones, y la abundante salsa de heridas, prisiones, castigos, pedradas, molimientos, golpes, palos, mojicones, puñadas, azotes, cuchilladas, candilazos y borrascas que menudean en el *Quijote*, ¿cómo se explica que, por regla general, brote un manantial de risa de semejante depósito de amarguras? ¿Serán los lectores á modo de alegres herederos que reciben á puerta cerrada los bienes y hacienda de un tío difunto? Cuando Don Quijote tuvo la pendencia con el cabrero y se hallaban ambos llenos de sangre, dice el texto que reventaban de risa el canónigo y el cura, que saltaban los cuadrilleros de gozo, que zuzaban los unos y los otros como hacen á los perros cuando están

trabados en pendencia, y que todos estaban de regocijo y fiesta, menos los dos aporreantes. — ¿Podrá deducirse de aquí que los amigos del Ingenioso Hidalgo se alegran y refocilan también con las infinitas desgracias que llueven sobre el desdichado loco?

¡Cuán preciada y casi perdida enseñanza no deben entrañar las más lúgubres aventuras y los más tétricos episodios del *Quijote!* Camila, por ejemplo, guiando la punta de su daga por parte que no pudiese herir profundamente, se la entró por más arriba de la isquilla del lado izquierdo junto al hombro, y luego se dejó caer al suelo como desmayada. En las bodas de Camacho vemos al pobre Basilio lleno de sangre y tendido también en el suelo, de sus mismas armas traspasado. Estas dos farsas, ¿dejarán de ser á los ojos de la más vulgar filosofía una clarísima protesta contra el suicidio?

Jamás fué tan desatinada la cólera de Don Quijote (según juró Sancho Panza) como en aquella ocasión en que con nunca vista fuerza comenzó á llover cuchilladas sobre el retablo de maese Pedro,

haciendo un general destrozo del mismo, y desmenuzando todas sus jarcias y figuras. De allí resultó el rey Marsilio de Zaragoza con la cabeza menos, y el emperador Carlo Magno partida la corona y la cábeza en dos partes. Prescindiendo de la baja tasación de nueve reales y pico, que los medianeros y apreciadores dieron á estas dos regias figuras, ¿habrá algún filósofo de la cáscara amarga que no vea aquí predicado el regicidio tan claro como la luz del mediodía?

No conozco ningún libro de entretenimiento en que, según he tratado de demostrar, abunden tanto las muertes, las penas y las desgracias, aun cuando presentadas con tan rara habilidad, que más bien mueven á risa que á llanto. Pero como el buen pensador debe meditar, ahondar y profundizar á modo de barrena de pozo artesiano, sería fácil para los cervantistas sabios demostrar entre otras muchas cosas que Cide Hamete era partidario de que se leyesen poesías en los entierros, según se deduce del de Grisóstomo, y que era enemigo de los funerales hechos de noche, según se prueba por el

modo que tuvo de acometer y desbaratar á aquellos encamisados, entre quienes se contaba el famoso bachiller Alonso López de Alcobendas.

Argumento de gran peso y de aquellos que cortan la cuestión por lo sano, sería el decir que la muerte da vida al mundo, y que siendo nuestros muebles, nuestros vestidos y nuestros alimentos una colección de cadáveres, tal verdad monda y lironda fué la que Cervantes quiso retratar en su libro. Sin embargo, siempre es raro que ni aun por incidencia se mencione en el *Quijote* nacimiento alguno, lo cual es falta grave si hemos de pretender que la intención de Benengeli era formar un cuadro exacto de la vida humana. Si, por el contrario, pretendemos ver en cada escrito un reflejo inevitable del estado social de su época, entonces las penalidades y muertes que el *Quijote* nos pinta no pueden ser otras que las producidas por aquellas guerras ó por aquellos tribunales de justicia que daban tormento y condenaban á horca ó azotes con más facilidad que hoy se imponen quince días de arresto ó veinte pesetas de multa. Bien

patente está que los zurriagazos dados por Juan Haldudo al muchacho Andrés, son una sátira contra la pena de azotes; una burla del tormento es el suceso de Don Quijote, atado por la muñeca al agujero del pajar, y una queja lastimera de los infelices erróneamente sentenciados á muerte, se nota en las fuertes cuchilladas que recibieron los cueros del vino tinto ó en la quema de algunos de los volúmenes de la librería del Ingenioso Hidalgo, que merecían guardarse en perpetuos archivos.

Las conocidas desgracias y contrariedades que sufrió Cervantes le harían esperar pocos premios y lauros en este mundo. Por eso pone en boca de su héroe y dirigiéndose á Sancho, aquellas notables palabras de «por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser conde, ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento de ellas más de cuanto tarde en pasar este año, que yo *post tenebras spero lucem.*» Por eso mira también Cervantes el fin de su propia vida con la indiferencia y tranquilidad que se deduce de la

dedicatoria del *Persiles*, escrita en ocasión de hallarse

Puesto ya el pie en el estribo  
Con las ansias de la muerte.

Tal vez estos someros apuntes podrán abrir nuevas sendas á aquellos cervantistas cuyo talento y luces sean bastantes para engolfarse en lucubraciones completamente ajenas á mi inteligencia. Sin embargo, antes de sacar algún mínimo corolario de las anteriores premisas, debo recordar la sesuda narración fantástica que con el título de *Un manicomio modelo* publicó el distinguido escritor Revilla en el *Almanaque de la Ilustración Española y Americana*, correspondiente á 1879. Suponía dicho crítico que los cervantómanos se hallaban en una casa de dementes, y la tal hipótesis resulta verdadera si damos crédito al cartel que circuló profusamente en junio de 1876, bajo el título de *Programa de las fiestas que en el aniversario del nacimiento del Sr. D. Quijote de la Mancha, y en honor de Miguel de Cervantes Saavedra han de celebrarse el día 31 de septiembre de 1876, por los*

*discretos moradores de la casa del Nuncio de la imperial ciudad de Toledo* (1). Si este anuncio fué una burla análoga á la fantasía del señor Revilla, quizá hayan contribuido ambas sátiras á sujetar el descarrilado vagón del cervantismo, y á impedir que vengan nuevos folletos á probarnos, no ya los estudios de Cervantes en música, equitación, sastrería y arquitectura, sino también sus profundos conocimientos en materia de ferrocarriles y telégrafos. No lo creo así. El cervantismo, cervantomanía, cervantomorbus ó como quiera llamársele, ha fallecido del contagio mortífero que despide el inmortal Quijote: ha muerto porque nace sin vida todo cuanto trata de fundarse en la parte moral del célebre libro. De las continuaciones, imitaciones, comedias y farsas apoyadas en el Ingenioso Hidalgo, no queda más memoria que la guardada por los bibliófilos. Los retratos de Cervantes han perecido, y sus huesos se encuentran. Los periódicos, fiestas y academias cer-

(1) Hállase copiado en la pág. 398 de la *Segunda Ración de Artículos del Dr. Th.*, impresa en Madrid el año de 1894.

vánticas han tenido efímera existencia y salud raquítica. Solamente los *aniversarios* podrán subsistir algunos años, porque solamente los aniversarios se ajustan con precisión matemática á la índole filosófica del *Quijote*, ó sea á la muerte acompañada de bojiganga y cascabeles, que digamos. El pulcro sermón, la asistencia de hombres sabios y de bellas y elegantes damas, los billetes de colores que permiten la entrada en el templo, el olor á sagrado y á profano que la fiesta exhala, el color entre temporal y eterno que la adorna, y el sabor á entierro de Grisóstomo que la enaltece, auguran á las honras cervánticas una larguísima vida que quizá pueda prolongarse hasta los treinta ó cuarenta años de edad.

Si voy equivocado en tales juicios, sálvenme aquellos hermosos renglones, medicina eficaz contra las disputas, en los cuales se dice que *eso que á tí te parece BACÍA DE BARBERO, me parece á mí el YELMO DE MAMBRINO, y á otro le parecerá otra cosa.*

En resolución: no busque Vm. dentro del *Quijote* más de lo que su sabrosa y

discreta lectura le vaya proporcionando al correr de las hojas; no distraiga Vm. su espíritu de esas admirables páginas, inquiriendo recónditos problemas ó sibilíticos arcanos; porque, créame Vm., amigo mío, Cervantes alienista, Cervantes geógrafo, Cervantes marino, Cervantes teólogo, Cervantes administrador militar, CERVANTES SEPULTURERO, como nosotros podríamos llamarle hoy, no significan otra cosa sino que el *Quijote* es un libro tan grande, que cada uno puede encontrar en él todo lo que le dé la real gana.

Reciba Vm., querido Copper, el cariñoso afecto y buena ley que le profesa su amigo y cervantista jubilado,

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Huerta de Cigarra.





EN PUNTO  
HASTA CIERTO PUNTO  
(1893)

Á D. CARLOS OSSORIO Y GALLARDO

Mi señor y dueño :



He leído la carta con que Vm. me favorece, y en la cual me pide opinión sobre la hora á que debe asistirse á comer en la

casa donde nos han invitado.

Usted pregunta si debe ser antes de la hora, á la hora, ó después de la hora.

Toléreme Vm. que antes de contestar apunte algunas ligeras observaciones.

Después del maravilloso organismo del *Correo*, que nos permite mandar cartas á

Hungría, Sudán ó Inglaterra por un corto precio, las dos conquistas ó adelantos verdaderamente democráticos de nuestros tiempos (y ríase Vm. de sufragios y jurados) son los RELOJES á veinte pesetas y los TRANVÍAS á diez céntimos.

La maza y la gola — por ejemplo — dejaron de ser arma y armadura para convertirse en insignias. Y en cambio los relojes, abandonando su oro, sus perlas, sus diamantes, sus cadenas, sus miniaturas y sus dobles cajas, y desdeñando sonatas, repeticiones y niñerías, vistieron primero de plata, luego de níquel, después de cobre y últimamente de hierro, y han pasado, de ser objetos de lujo y riqueza, á muebles vulgares de uso indispensable en la vida.

Hace medio siglo que el sujeto que llegaba á nuestra morada en carruaje y con reloj, debía ser persona de cuenta. Hoy puede venir en tales condiciones el ordenanza de Telégrafos ó el mozo de Ferrocarril.

Entiendo, pues, que ahora, y gracias á la educación que inculcan los caminos de hierro, el tiempo debe contarse y efecti-

vamente se cuenta por minutos. Ya es mentiroso el refrán de que *por oír misa y echar cebada no se pierde jornada*: en la actualidad algunos la pierden por beber ó desbeber un vaso de agua.

Creo también que más hace el anfitrión en convidar, que el invitado en asistir. La virtud de la puntualidad es una virtud casi tonta. Cuando menos (salvas contadas excepciones), hay seis ú ocho horas por delante para excusar la asistencia, ó para concurrir á la calle de tal, número tantos, á la hora que nos marcan.

Claro es que del caso fortuito nadie responde, y que ni el muerto ni el estropeado deben asistir á la cita. Y si es notoria la falta de atención que envolvería decir á la visita inesperada: *dispense Vm. que le deje por ser mi hora de casino, de billar ó de teatro*, lo que soy yo, nunca he tenido reparo en manifestar *que me esperan á comer*, que voy á misa, ó que el tren donde marchó no aguarda á los viajeros que se retrasan. Nadie se ha mostrado quejoso al escuchar semejantes disculpas.

El célebre y discretísimo Conde de Vi-

llacreces escribió en sus *Indirectas Aforísticas* que *el faltar á una cita aceptada es un insulto; y el disculparse con un SE ME PASÓ, es un nuevo insulto expresado en lenguaje de gente ordinaria.*

En España era tan vulgar y frecuente la falta de exactitud, que entre los méritos del rey Carlos III señalan sus biógrafos el de ser puntualísimo en sus citas y actos de corte.

Juzgan aún de buen tono algunos españoles llegar á la mesa redonda del *hôtel* á mitad de la comida, ó entrar en el teatro cuando empieza el acto segundo de la ópera ó comedia. Si esto se hace intencionalmente, nadie negará que es un *buen tono* de tontería de tomo y lomo.

Opino que retardar la asistencia á un convite, es no sólo desatender la bizarría del dueño de la casa y de los asistentes que nos esperan, sino que es también, como Vm. dice, *una falta de atención imperdonable.* Bien es verdad que ni Vm. ni yo ponemos nada de nuestra cosecha: nos conformamos con la sentencia axiomática del gran Brillat-Savarin. Recuerde Vm. que en sus portentosos aforismos

(XVI y XVII), base eterna de la gastronomía, consigna que *la cualidad más necesaria en el invitado es la exactitud; y que esperar por largo tiempo al que se retrasa, demuestra tener poca consideración á los que se hallan presentes.*

Mi regla, y con ella me ha ido á las mil maravillas, es llegar á la casa SEIS Ú OCHO MINUTOS antes de la hora marcada. Para estos casos sirven los relojes y los cálculos de las distancias. Los ingleses, que son tan prácticos en todas las cosas de la vida, acostumbran poner en algunas de sus invitaciones que se *comerá después de las siete, y antes de las siete y media.* Con tan hermoso *blanco* de veintinueve minutos, es casi imposible errar *el tiro.* ¡Bien por los ingleses!

Con respecto á lo que Vm. indica, de que asistiendo á la hora en punto parece que se esquivaba *la conversación amable de los hombres,* le diré á Vm. que los prólogos de las comidas suelen ser siempre sosos, silenciosos y ceremoniosos. Recuerde Vm. los mejores discursos de Don Quijote: habló de la edad de oro, *después que hubo bien satisfecho su estómago;* de

las armas y las letras, luego que *cenó con mucho contento*; de poesía, al disfrutar la comida *limpia, abundante y sabrosa* de Don Diego de Miranda; y hasta la célebre respuesta que dió al eclesiástico reprensor fué á los postres de la *rica mesa* de los Duques. Creo, por lo tanto, que la conversación y la parte espiritual de la comida no se halla al principio, sino al final del banquete.

!!! El final del banquete!!! Éste sí que es para mí problema irresoluble, y sobre el cual estimaría una sentencia dictada por Vm. Cuando asisto por vez primera á casa cuyas costumbres desconozco, y me pregunta el cochero la hora de volver..., me quedo siempre irresoluto y perplejo para contestar.

La última vez que, en noviembre de 1892, estuve á comer en la morada á que Vm. alude, calle de las Fuentes, número 9, ó sea la de mi excelente amigo D. Luis Vidart, entré á *las siete de la tarde* y salí á *las dos de la mañana!!!* Y las horas se deslizaron como minutos, gracias á la finura y amenidad de los dueños y á que los convidados no eran ranas. Lo apacible

de la noche y la buena situación de la casa me hicieron despedir el carruaje. ¿Quiere Vm. decirme qué hubiera sido del cochero y de las yeguas si les doy un plantón, en noche fría y lluviosa, desde las nueve de la noche hasta las dos de la madrugada?

Opinaba mi querido é inolvidable Miguel de los Santos Álvarez, al hablar de las conquistas amorosas, que el *ingreso* en ellas era lo más fácil y sencillo..., y la *salida* lo más difícil y escabroso del mundo...

No pretendo establecer símiles ni comparaciones; lo que hago es presentar á Vm. la interrogación siguiente: ¿A las cuántas horas de la entrada se debe citar al coche para la salida de un convite?

\* \* \*

Y ya que de la discusión sale la luz, y además nos hallamos con la masa entre las manos, permítame Vm. una nueva consulta tocante también á menudencias sociales.

Creo indudable que en la calle, la pla-

za, el paseo ú otro lugar semejante, debe *darse la derecha* á la persona de más respeto ó elevada categoría.

Pero si un individuo nos hospeda en su morada, entiendo que el invitado debe someterse á lo que el dueño de la casa disponga.

Sería descortés pedir otra habitación, otra cama y otros muebles más modestos, aun cuando tal demanda se hallase disculpada con la humildad y llaneza del pretendiente.

Harto sabido es lo que nos refiere el *Quijote* de «el labrador que porfiaba con el hidalgo para que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba también que el labrador la tomara, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase. Pero el labrador, que presumía de cortés y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, lo hizo sentar por fuerza, diciéndole: — Sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera.»

Me parece que hoy nadie que tenga mediana educación dejará de obedecer al

dueño de la casa y de ocupar, sin observación ni réplica, la silla que éste le señale en la mesa.

Pasemos desde ella al coche. El coche, lo mismo que el buque, viene á ser una continuación de la casa. Y si en la morada hay que avasallarse al amo, claro es que en el carruaje impera la misma ley.

Ni comprendo ni me explico las disputas más ó menos largas sobre los asientos de un landó entre el invitado y el propietario. Éste debe ocupar el lado *izquierdo*, para demostrar que el vehículo es suyo. Por eso la cuestión de cortesía resulta contraproducente y absurda.

Tan absurda y contraproducente, v. gr., como la del que requerido para ir de duelo ó llevar cinta del féretro, responde diciendo *con mucho gusto*, en vez de *haré lo que Vm. mande*. Ó bien la del *Juan Fernández*, que presentado á Valera, Silvela ó Menéndez y Pelayo, lejos de manifestar que celebra la ocasión de saludar á alguno de dichos señores, exclama con toda ingenuidad: *¡He tenido mucho gusto en CONOCER á usted!*

—Pues qué, sería necesario replicarle,

¿es posible que usted *no conozca* las novelas, los discursos, los escritos, las poesías, los retratos y la vida entera de estos sujetos, desde sus nacimientos hasta la época presente? Vm., señor *Juan Fernández*, estima de sobra al erudito, al repúblico y al novelista; el novelista, el repúblico y el erudito son los que no tienen noticias de Vm. Por eso lo que Vm. debe manifestar al ser presentado á dichos individuos, no es que recibe placer en conocerlos, sino precisamente lo contrario. — Es decir: «Señor Silvela, señor Pelayo, ó señor Valera, yo tengo satisfacción en que Vms. sepan la existencia de este ciudadano, que los lee, los admira y los aplaude: *en que Vms. me CONOZCAN á mí.*»

Volviendo á la urbanidad, entiendo con Cervantes lo siguiente:

1.º Que en casa ajena debe hacerse, sin réplica, lo que el dueño mande; y

2.º Que en el coche, en la mesa, en el palco, en el buque, en la calle, en el paseo y en todas partes, la cabecera estará donde se halle el príncipe, magnate ó individuo de mayor mérito y valía.

Y si alguien recusase al Manco de Lepanto porque su trato, más bien que con caballeros, con magníficos, con generosos y con altamente nacidos, debió ser con cabreros, venteros, arrieros, molineros, cuadrilleros y titiriteros, apelaríamos al fallo del ínclito rey Luis XIV.

Cuentan que éste indicó á un cortesano que pasara delante al entrar en el salón, y que el cortesano declinó tal honor haciendo muchas zalemas y cortesías. — Siguieron andando, y al llegar á una segunda cámara el Monarca invitó á otro señor para que pasase primero, y en el acto fué obedecido. — Entonces el gran Rey, dirigiéndose á su comitiva, dijo: «¡SEÑORES!... OBEDIENCIA ES CORTESÍA.»

Perdone Vm. tanto ñiquiñaque á su atento servidor, q. l. b. l. m.,

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina Sidonia.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

530 SOUTH EAST ASH AVENUE

CHICAGO, ILLINOIS 60607

TEL: 773-936-3700

FAX: 773-936-3701

WWW.PHYSICS.UCHICAGO.EDU



(1894)

A D. TORCUATO LUCA DE TENA

Mi amigo y dueño:



o podré, por falta de conocimientos en la materia, contestar con amplitud á las preguntas que Vm. me hace sobre *Felicitaciones de Pascuas*. Creo, sin embargo, que el practicarlas con tarjetas debe ser costumbre moderna, puesto que aun cuando el uso de estas cartulinas nació en el siglo xviii, su abuso no comenzó hasta mediados del presente y venturoso decimonono.

Durante los xvii y xviii, las felicitaciones pascuales se verificaban en cartas mi-

sivas. Allá van este par de muestras de los más acreditados formularios:



*Señor mto: A los motivos de mi obligación, que mantiene mi reconocimiento, se aumenta el de la celebridad de estas Pascuas. Deseo las logre Vmd. con felicidad suma, esperando admitirá esta expresión de cariño y que la remunerará con largueza empleando mi inutilidad en su servicio, para conseguir de este modo executoria de la buena ley que le profeso.— Dios guarde á Vmd. por dilatados años, como deseo. Toledo y diciembre á 15 de 1696.*

*B. L. M. de Vmd.*

*Su más cierto y seguro servidor,*

FULANO.

(RESPUESTA) † *Señor mto: Con el favor que Vmd. me hace, me aseguro las próximas Pascuas alborozadísimas; y si Vmd. las pasa como se las deseo, no le faltará circunstancia de felicidad, y más si Vmd. diere motivo á mi obediencia de manifestarse oficiosa en su obsequio.— Dios, &*



*Muy señor mto: Todo lo que es desear á Vmd. felicidades, será solicitarme dichas en cualquier tiempo, y más en el de las cercanas Pasquas. Suplico á Vmd. admita de mi buena ley el anuncio de ellas, asegurándole que si se conforman con mi voluntad, ni á Vmd. le quedará qué pedir ni á mi qué interceder con la Majestad Divina, que guarde á Vmd. por muchos años.—Madrid y diciembre á 18 de 1720.*

*B. L. M. de Vmd.*

*Su más obligado y afecto servidor,*

MENGANO

(RESPUESTA) † *Muy señor mto: Antepuesta á mi obligación la fineza con que Vmd. se ha dignado favorecerme, asianzo en ella el más feliz logro de estas Pasquas. Espero gozarlas con notable exceso de dichas, si experimentándolas Vmd. como se las deseo, le merece mi rendimiento en repetidos preceptos el gusto de servirle.—Dios, &c.*

\* \* \*

La sequedad de la finura moderna debe ser la causa de que nos parezcan melosas, fastidiosas y empalagosas las cartas anteriores, que en épocas pasadas debieron considerarse modelos de buen gusto, según la repetición y abundancia con que se hallan en los antiguos epistolarios.

Si he de decir á Vm. la verdad, soy amante de ciertas fórmulas y adornos, aun cuando nada valgan y de nada sirvan en el orden físico ni en el moral. Sentiría que se aboliesen, por ejemplo, los saludos de naipes al comenzar el tresillo, los que preceden y siguen á los asaltos en las salas de esgrima, y los que tan lógicamente practican los franceses y otras naciones al entrar en un café. Me causaría extrañeza ver suprimida la H muda en la palabra *ombre*, los inútiles flecos de las toallas y los botones sin ojales que adornan el talle de los fraques y levitas. Y si quiere Vm. una prueba plena de la gran importancia que tienen las cosas que no sirven para nada, practique Vm. el fácil ensayo

que voy á decirle. Las orejas de la liebre ni se aprovechan ni se guisan. Tome usted el par de liebres más hermosas que halle en el mercado, córtele Vm. las orejas y entréguelas al cocinero para que las adobe en delicado *civet*. Pues yo aseguro que si el maestro se atreve á guisar aquellos bichos, Vm. no se aventura á paladear un *civet* que necesariamente ha de traerle á la memoria la repugnancia y el asco que producen las liebres desorejadas. Aparecen más raras y extrañas que la carta á quien le cercenasen las inútiles palabras *muy señor mío y seguro servidor que su mano besa*, que vienen á ser los polos sobre que gira, ó el par de orejas que dan finura, belleza, valor y carácter á la misiva.

Término medio entre la ampulosa cortesía de las cartas arriba copiadas y la sequedad de la tarjeta contemporánea, es el papel de catorce centímetros de ancho por diez de altura, estampado en hermosa bastardilla con orla tipográfica, que conservo en aprecio y que reza lo siguiente:



*Pascuas. Feliz entrada de año. Días. Me despido si me voy. Si Vm. se va, buen viaje. Y si vuelve, bien venido. Pésame ó enhorabuena si hay motivo para ello. Del hijo ó hija que nazca que lo veamos un Santo, y si en la infancia se muere, Angeles al Cielo, donde todos alabemos al Señor. Amén.*

*Valga por todo el año de 1792*

Al dorso de este documento hay cuatro renglones manuscritos que dicen:

*Á mi señora la S.<sup>a</sup> Doña Inés de Melgarexo, vecina de esta Ciudad de Sevilla, guarde N. S. muchos años.*

*Don Luis Federigui.*

\* \* \*

Aun cuando semejante moda produce comodidad, y mayor todavía si el plazo se alarga por diez ó doce años ó por toda la vida del remitente, dificulto que hoy pueda renacer. La tarjeta, aunque menos

expresiva, es más lacónica, y el laconismo es el regulador de las costumbres de nuestros tiempos. Con el poco dinero que valen cien tarjetas, cien sobres y cien sellos de cuarto de céntimo, es decir, por menos de un duro, ¡cuántas satisfacciones alcanzan los aficionados al tarjeteo!

Yo trato (y supongo que Vm. también tratará) á gentes que tienen el inocente vicio de pregonar sus conocimientos y amistades con personas de cuenta. Del Duque Tal, asegura uno de estos prójimos que no lo trata, pero que es íntimo amigo de su cuñado Perico Tal; del Marqués de Cual, resulta (aun cuando no lo conoce) hasta pariente, por ser sobrino político de su prima Juanita Ponce; con el Ministro Fulano tiene bonísimas relaciones desde que intimaron hace tres años en un viaje desde Madrid á Aranjuez; con el Senador Mengano estuvo dos días en los baños de Carratraca; con el poeta Zutano comió cierta vez en la mesa redonda del Hotel de París, etc., etc., etc.

Fundándose en estas relaciones, que pudiéramos llamar de milímetro, entre los centenares de tarjetas que reciben las

notabilidades políticas, literarias y aristocráticas, se cuentan las de los pobres diablos á quienes aludo. Claro es que el secretario que abre y despacha semejante correspondencia, contesta en el acto á la cortesía de todos estos *Juanes Fernández*, los cuales se muestran luego ufanos y vanagloriosos con poner en la tanda de su bandeja de tarjetas las que llevan los nombres de casi todos los DUQUES, CONDES, MARQUESES, POETAS, BANQUEROS, SENADORES y MINISTROS á quienes han felicitado.

Lejos de mi ánimo vituperar semejante conducta. Pero como hay diferentes opiniones y diferentes gustos, yo no mando tarjetas de Pascua á mis amigos, porque ellos saben que siempre se las deseo venturosas y felices. Tampoco se las envío á mis conocidos, porque á ellos debe importarles un bledo que me acuerde ó no me acuerde de sus personas. Esto no impide que agradezca y conteste en el acto á cuantas felicitaciones recibo. Para decirlo en pocas palabras, si no soy abad que canta, soy sacristán que responde. El *Dominus vobiscum* que llegue á mis oídos

tiene de seguida su *et cum spiritu tuo* si recuerdo el domicilio del oficiante, ó su *requiescat in pace* cuando no lo recuerdo.

Y como reconozco que con tal sistema llegaría á extinguirse la costumbre porque nadie tomaría la iniciativa, entiendo que ni los aficionados ni el público deben imitarlo, pues en resumidas cuentas lejos de causar perjuicios, el tarjeteo produce, además de sus ventajas morales, provecho material

Á LOS FABRICANTES DE PAPEL Y DE SOBRES,

Á LOS LITÓGRAFOS

y Á LA RENTA DE CORREOS.

Es cuanto sabe y puede decir á Vm. sobre el tema consultado su amigo y servidor, q. l. b. l. m. y que (por excepción) le felicita en las próximas Pascuas,

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina Sidonia





## Índice

CARTA MISIVA. . . . .	7
Roger Kinsey. . . . .	11
Pastel de bonijo. . . . .	35
La caja de oro. . . . .	55
El capitán Roxas. . . . .	73
4 + M. . . . .	95
Un papagayo. . . . .	109
Sopas de ajo. . . . .	119
Una alcaldada. . . . .	129
Tres milésimas de cuento. . . . .	141
Consulta. . . . .	155
Pallida mors. . . . .	161
En punto hasta cierto punto. . . . .	181
Tarjeteo pascual. . . . .	193



ESTE LIBRO SE  
ACABÓ DE IMPRIMIR EN BARCELONA  
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO  
DE SALVAT É HIJO,  
EL 31 DE MAYO  
DE 1899



c  
o  
s  
t

Pl. S. Justo, 2, barna

